

V

ECCLÉSIA



33

**SAN IGNACIO DE LOYOLA**



---

## HOMBRE COMPLETO, EJEMPLO PARA LA JUVENTUD

---

**E**n un lugar de Guipúzcoa, cuyo nombre no puede olvidarse, recibió un día la invitación de Dios de darse a su servicio, un gentilhomme de rancia prosapia, sangre ardorosa y recia voluntad. Eran días aquellos en que aún campeaban por la literatura —y por la imaginación de los jóvenes— las aventuras de andantes caballeros cuya vida era jornada de peligros en busca de fama; tiempos cercanos de los memorables en que el Hidalgo de la Mancha habría de cumplir sus hazañas y dejar modelada, con sus carnes enjutas sobre un rocín magro, la figura romántica de una aspiración de justicia, rota contra los molinos de viento en el afán de desfacer agravios y enderezar entuertos en favor de los débiles y de los oprimidos.

Nuestro caballero, entonces conocido como “el gentilhomme Iñigo López de Loyola” según nuestro llorado amigo el historiador Pedro Leturia <sup>1</sup>, se hallaba en plena juventud. Una juventud madura en años, porque estaba en los treinta o ya frisaba en ellos; pero patente en el vigor del cuerpo y en aquella inquietud de alma que es patrimonio de todos los jóvenes en todos los tiempos.

Ultimo vástago de una familia de trece hijos, había pasado oculto los primeros seis lustros de su vida, lo mismo que el Señor a quien habría de consagrar sus servicios y cumplir sus votos; pero a diferencia del Maestro, esos treinta años no fueron de santidad ni de humilde labor. Si su vida hasta entonces fue oculta, lo fue porque no había logrado acometer empresas de resonancia grande. Peleó, sirvió y también pecó; amó, y en los reinos de la fantasía imaginó un amor cuyo objeto quedó como el gran secreto de su vida; y, sobre todo, en horas de sueño y también de vigilia, soñó; soñó en mil formas caballerescas andanzas que dieran expansión a la fuerza incontenible de su espíritu.

Postrado estaba, con la pierna deshecha en honroso combate, cuando ganó su más recia batalla. De bárbaros dolores que soportaba sin gemir, salió con un tesoro de reflexión en su cerebro y un portento de energía en su carácter. Cambió sus ricos trajes por el tosco sayal de peregrino; abandonó la fanfarria de sus luchas pasadas; veló sus armas para deponerlas ante el altar de la señora de los cielos, y comprendió que las conquistas perdurables

*La figura extraordinaria de San Ignacio de Loyola, la proyección de su obra y de su vida, la significación en su tiempo, han llenado muchas páginas en la bibliografía universal. Combatiente a lo largo de toda su existencia, las controversias que originó han continuado, aunque modificadas a través de los tiempos. Forjador de caracteres recios, se le rindió un hermoso homenaje en el cuatricentenario de su muerte. El discurso que aquí se incluye fue leído en el acto solemne celebrado en el Aula Magna de la Ciudad Universitaria, Universidad Central de Venezuela, el 11 de mayo de 1956.*

no se logran en el campo de la fuerza sino en el terreno del espíritu. Vivió desde entonces para una sola cosa; y cuando resignó su alma en manos del Altísimo, habría podido igualmente decir "todo está consumado" porque no hubo ofrenda que no hiciera "por la mayor gloria de Dios".

Iñigo, el aprendiz de caballero andante, el de la tibia rota por una bala afortunada, el de los huesos maltratados por los cirujanos, ha dejado de ser. Ya es otra su figura, otro su pensamiento, otro su nombre. Es ahora Ignacio, el que atormenta su rudeza machacando latines y predicando caridad en las universidades de su época. Y va a ser San Ignacio, llegado a los altares por el camino vertical de un apostolado incansable y de un recio tesón en favor de la Iglesia.

Yo no voy a ocuparme esta noche del reformador eclesiástico que supo levantar de la postración en que se hallaba a la Esposa de Cristo. Esto ha de hacerlo el Arzobispo artista de la Sierra Nevada, cuyo lápiz ha trazado los rasgos de varones ilustres y cuya paleta ha tenido colores para el paisaje de las cumbres andinas. No voy a hablar tampoco del fundador cuya orden religiosa trabaja, lucha y vence, se extiende y multiplica en todos los confines de la tierra. Ni siquiera vengo a quemar incienso al santo a quien millones de personas rezan en todas las lenguas, mientras contemplan sus ojos penetrantes al venerar su imagen, cubierta por negro hábito o revestida con la casulla sacerdotal lograda en una vocación tardía.

Voy a hablar, en esta ocasión memorable, del hombre entero que había en Ignacio de Loyola. Voy a hablar del hombre, no para profanar al santo, sino para acercarlo a los humanos que queremos comprender su figura. Del hombre completo, eso sí, que se afirmó plenamente al negarse, y que se puso más cerca de sí mismo al colocarse más cerca de Dios.

Y no pudiendo resistir al deseo, expresaré el concepto que desearía desarrollar ante vosotros, con un venezolanismo familiar: San Ignacio de Loyola era un "palo de hombre". Todo lo que los venezolanos sabemos decir en este giro: la ausencia de toda cobardía, la presencia ejemplar de una voluntad integral, lo sugiere la consideración de su vida. El palo de hombre que San Ignacio fue es el que yo quisiera representar como ejemplo para la juventud. Porque también en nuestra época abunda la tentación del fácil lucro, de la gloria falsa, del placer mezquino y de la entrega vergonzante; y después de cuatrocientos años permanece fresca e intacta la lección magistral del guipuzcoano. Reviste plena actualidad el ejemplo de un palo de hombre como aquél, que supo consagrarse a un ideal, para encender, en quienes no hayan perdido la fibra, el entusiasmo de la vida heroica. Su recuerdo puede

ayudar a salvar el deseo de nobleza que hay en el fondo de todo corazón juvenil. Puede ayudar a rescatar los valores más altos, que naufragan en olas del materialismo, y enseñar el camino de la superación verdadera, el cual supone creer firmemente, obrar con entereza y sentir con generosidad.

Busquemos, pues, al hombre. Hallémosle de salida hacia Manresa. Han pasado días largos en los cuales la dureza del trato quirúrgico ha servido para probar mejor su ánimo. El quiere luchar y vencer, pero la gracia le ha hecho comprender lo efímero de todo triunfo que no tienda a lo alto. Por su imaginación pasaron perspectivas, generosas sin duda pero en definitiva huecas, de las campañas del mundo aquel en que vivió y había creído. Pero no, él no quiere ganar triunfos pírricos. Quiere hacer lo que se debe para gozar de la victoria como recompensa final.

Va en plan de renunciaciones a todo lo que hasta entonces había llenado su existencia. Pero ha de hallar pronto la ocasión que pone a prueba la sinceridad de su propósito. Es el episodio de aquel moro a quien, después de haber encontrado en su camino y discutido con él sobre cosas teológicas, había dejado ir con la amargura de escucharle expresiones irreverentes de la Virgen María. Su antigua idea caballerescas le provoca retarlo a duelo singular. Con mucho cavilar, no se siente capaz de decidir; y después de recomendarse a Dios, deja suelta la rienda de su cabalgadura ante la encrucijada, y es ella la que toma el camino de la renunciación, mostrando la determinación del Señor <sup>2</sup>.

En esa tortura del conflicto entre los rescoldos de su vieja noción de honor caballeresco y las nuevas palpitaciones de una idea superior, ha dejado en las manos de Dios la elección. Ha logrado su primera victoria. Aunque, debo decirlo, el triunfo no ha sido completo. Su voluntad no ha sido la que se ha decidido a renunciar al lance. Cuando la mula está en la encrucijada, su convicción no ha tomado aún el mando de su espíritu, atormentado por las ideas que al Quijote le sorbieron el seso y que a él le prendieron en hogueras el ánimo. Pero, aun imperfectamente, ha vencido. Y la clave del triunfo le acompañará siempre: ha dejado el asunto en manos del Señor y aprendido a resignar la suya en Su voluntad suprema. Admirémosle, pues, esta resolución y aceptemos la reflexión de Unamuno: "Conviene veamos en esto de dejarse llevar del caballo uno de los actos de más profunda humildad y obediencia a los designios de Dios" <sup>3</sup>.

Está en camino. Ha seguido la ruta por sobre su áspera y voluntariosa naturaleza. Pedro Calderón de la Barca va a expresarlo en verso, al cantar el episodio del moro <sup>4</sup>:

*Pero, ¿dónde voy?, que ya  
No es tiempo de bizarrías,  
Y la milicia de Dios  
No es la pesada milicia.*

No. Es cierto. La pasada milicia quedó atrás. La nueva es milicia de Dios. ¡Afuera el oropel de engañosa campañas! La gloria fermentada de las aventuras guerreras ha cedido el lugar a la gloria auténtica, que reside en la verdad indestructible del espíritu. Los trajes adornados del gentilhombre que peleara en Pamplona, ¡afuera! Vamos, por el camino de la penitencia, a buscar la verdad.

Pero todavía queda algo del viejo espíritu caballeresco, y ¿por qué no aplicarlo a las cosas de Dios? Hay que reconciliar a Amadís de Gaula con Francisco de Asís. El peregrino Ignacio no puede irse por el sendero de la vida ascética así como así. Ha de buscar el símbolo de su nueva carrera en la liturgia de las caballerías. Y por ello, con el coraje veinteañero que habría de mostrar también el cincuentón manchego en el proceso de sus destinos, este hombre de treinta años ha de velar sus armas para ofrendarlas a la señora de sus sueños. No ha menester transformar por obra de la imaginación posadas en castillos; castillo y muy de mejor calaña ha de encontrar en Montserrat, y no le hace falta buscar alguna Aldonza Lorenzo, así tuviera muy alto rango de nobleza, para fabricar una fantástica Dulcinea del Toboso: la reina de su vida ha de ser desde ahora la gran Madre de Dios, y en su santuario ha de dejar, ante su vera efigie y para siempre, su espada y su puñal. Ha liquidado hasta la posibilidad de que vuelva a tentarlo un hecho de violencia; ya no tiene espada y puñal con que pelear.

Este colgar las armas, así sea ante la Virgen, puede aparecer ante la juventud como un modelo difícil de imitar. La juventud ama la lucha; la lucha exige armas. Pero Iñigo, el gentilhombre antiguo, no queda desarmado. Lo que ha hecho es un cambio. Lope lo dijo, el fénix de los ingenios españoles, en famoso retruécano:

*La espada al altar ofrece,  
porque se quiere ceñir  
armas que conquistan almas;  
que Dios se lo manda así.*

Al desceñir hojas de acero que no pueden sino romper tejidos, verter sangre y destruir vidas, es porque el nuevo caballero va



a armarse de otras armas mejores. No hay metal comparable al suyo, ni forja alguna puede ofrecer mayor vigor. Son armas que penetran las conciencias, que se hunden en lo más hondo de los corazones. Son armas de fuego que inflaman voluntades. Pero, portento incomparable, restañan ellas mismas las heridas que hacen, con raudales invisibles de un bálsamo infinitas veces más potente que el bálsamo de Fierabrás. Estas nuevas armas las toma en Manresa. Son los Ejercicios Espirituales. Le acompañarán toda su vida. Le ganarán sus mejores fortalezas y las dejará a la Iglesia como herencia valiosa.

San Ignacio no puede comprenderse si no se coloca su figura en su sitio preciso. Su fuerza emana de Dios. En el Todopoderoso ha puesto el tesoro de su voluntad y sin El no se atreverá a librar una sola batalla. Lo fundamental de su existencia —dice Hollis— fue el espíritu. No es verdad que San Ignacio fuera “un político eclesiástico muy atareado, canonizado por haber sido lo suficientemente astuto para idear la fundación de la Compañía de Jesús, del mismo modo que Lord Northcliffe fue nombrado por haber sido lo suficientemente astuto para fundar el Daily Mail”. Ciertamente que su vida “lo llevó forzosamente al contacto con los problemas políticos de su tiempo, y que demostró en ellos una capacidad que lo coloca en la primera fila de los estadistas europeos; pero esas dotes, que lo elevaron a la altura de Richelieu y de Chatham, fueron las que menos lo califican. La vida de San Ignacio fue una vida espiritual”<sup>5</sup>.

Empero, me diréis, si he prometido hablar esta noche del hombre y no del santo, ¿por qué hago hincapié en su entrega ilimitada a Dios? Es que, sin ella, el hombre no puede entenderse. No sólo el hombre-individuo que es San Ignacio, sino el hombre-especie, hecho desde su origen a imagen y semejanza del Creador. Allí estriba su fuerza.

Ignacio es hombre del Renacimiento. En su tiempo las universidades estudiaban a Erasmo; Luis Vives le acogía benignamente en Flandes; Francisco de Vitoria enseñaba en Salamanca y Miguel Angel era escogido con el deseo de que trazara la iglesia del Gesú. Otros buscaron el Renacimiento en la filosofía o en el arte; él buscó al hombre en el señorío de la voluntad. El Renacimiento era un re-descubrimiento del hombre; pero mientras el hombre quería desligarse de su centro eterno y Martín Lutero exaltaba hasta en lo religioso la soberanía del individuo, Ignacio de Loyola encauzaba el movimiento que inspiró hacia un humanismo fundado en su centro preciso, que es Dios.

He aquí, pues, por qué Dios constituye su punto de partida. A El se entrega con la renunciación total de quien da “toda su libertad, memoria, entendimiento y voluntad” como en la famosa

oración. Dios, a quien sólo pide "su amor y gracia, que esto me basta". Pero a quien ama con amor activo y no sólo contemplativo; Dios, a quien ama con voluntad de servir; Dios, a quien sirve con la caridad y con el sacrificio; pues para San Ignacio "el amor se debe poner más en las obras que en las palabras" y, lejos de extender ilimitadamente las prácticas piadosas, ha de pensarse que "a un hombre verdaderamente mortificado basta un cuarto de hora para unirse a Dios en oración". La identidad con el Creador es cuestión de fondo y no de forma. Que nuestra juventud lo vea, es exigencia previa para conseguir su destino.

La carrera escogida es difícil y larga. En esto también es modelo fecundo. El primer precepto formativo es inculcar la convicción de que el triunfo fácil es efímero, y los grandes caminos son largos y penosos. No le importa la edad para empezar. Parece no tener prisa todavía cuando, ordenado sacerdote a los cuarenta y seis años, espera hasta la Navidad del año siguiente para decir su primera misa ante el Pesebre en Santa María Maggiore, por no poder decirlo en Belén.

Hace algunas semanas, un distinguido profesor italiano quería en Caracas, en una conferencia, explicar la civilización italiana en breve tiempo, y con este objeto comenzaba por definir otras civilizaciones en conceptos sintéticos; así, la civilización española podía ser considerada como la "civilización de la voluntad". El oírlo me hizo pensar en San Ignacio. Ignacio de Loyola ha sido presentado como prototipo de la civilización hispánica, pues la misteriosa providencia de Dios con España quiso que el cojo de Pamplona y un manco de Lepanto hubieran de servir para consolidar su significación universal. Pero lo es, sobre todo, por su prodigioso cultivo del carácter.

Pensemos en el esfuerzo inmenso que tuvo que hacer para comenzar a estudiar con la humildad de un colegial. Toscos estudios habían sido los suyos; y de acuerdo con lo que ha podido averiguarse, escasas sus lecturas. A los treinta y tres años comenzaba a estudiar en Barcelona; de allí irá a Alcalá y Salamanca; luego a París, y, finalmente a Italia, donde la voluntad de Dios lo asentará para establecer su Compañía y realizar su obra. En el estudio, doble ha de ser su lucha; contra la resistencia de su edad adulta sin hábitos escolares, por un lado; y contra la mística tendencia surgida de su conversión, por otro. De allí que el padre Larrañaga, en la introducción a su *Autobiografía*, considera el esfuerzo de sus catorce años de estudios eclesiásticos como "uno de los hechos más heroicos, si no el más heroico, de su vida". Poseído de la fiebre de servir a Dios, admite que tiene que empezar por graduarse en filosofía y en teología. Y

lo hace. Ve que tiene que enterrar la semilla y esperar que dé fruto, y no le importan años para comenzar.

Su voluntad se vuelve formidable. Aquel carácter “seco y caliente” de que nos habla Unamuno, se doblega maravillosamente al imperio de la reflexión. Las noticias más desfavorables no alcanzan a inmutarlo más allá de algunos minutos. Medita en los problemas y escucha atento opiniones ajenas; implora a Dios antes de decidirse, pero una vez dispuesto sus decisiones son irrevocables.

Parte muy principal en la formación del carácter es el aprendizaje de la obediencia y del gobierno. Su idea de la obediencia, base de las *Constituciones de la Compañía*, ha constituido piedra de escándalo en incontables ocasiones; pero el ejercicio de la obediencia constituye, en su criterio, la perfección del albedrío y el triunfo de sí mismo “que es el más noble de los triunfos”<sup>9</sup>. Pensó, con Santa Teresa de Jesús, que la obediencia es la cosa más recia que se puede hacer, si se cumple como se ha de cumplir; pero la tuvo por la mejor escuela, cuando no se basa en imposición coactiva sino en ejercicio de la voluntad.

Ello explica su concepto de la autoridad. Supo ejercerla como nadie. Trazó líneas que han sido seguidas por sus hijos en cuatro largos siglos, pero dejó amplia libertad en la orientación peculiar de sus distintas provincias y casas. No sintió agrado por la mandonería, ni le gustaban “los preceptos en virtud de santa obediencia”; buscaba convencer, y como sabía amar, lograba la adhesión integral a sus disposiciones<sup>10</sup>. Un hombre que sin ser cardenal ni obispo ni querer dignidades, obtuvo del Sacro Colegio seis votos para Papa, era el súbdito más humilde del romano Pontífice.

Atributo de esa voluntad férrea fue la virtud de la perseverancia. Educador de gente moza, creador de una orden cuya actividad primordial es formarla, dejó un tesoro con su ejemplo de tenacidad. “Nunca acometió una empresa que no llevara a cabo”, dice el padre Nadal; y cuando el duque de Gandía se aprestaba a entrar en la Compañía de Jesús, de donde iría a los altares como San Francisco de Borja, le indicó rematar las cosas temporales comenzadas, “porque —escribía— deseo queden en su perfección todas vuestras cosas, cuando N. S. fuere servido que se haya de publicar la mudanza a Va. persona”<sup>11</sup>.

Vosotros, jóvenes, que sentís que vuestra existencia no debe consumirse en la vida muelle del egoísmo; vosotros, tentados por la corrupción y por la vanidad; vosotros, esperanza de la patria venezolana, que sentís en la sangre la necesidad de luchar por valores más altos, tomad ejemplo en el espíritu de sacrificio, en

la lucha contra sí mismo y contra el mal, que supo desarrollar Ignacio de Loyola. Aclarad con su ejemplo el deber de *luchar*, que no es pelear groseramente, ni desear mal a nadie, ni poner la voluntad enfilada contra algo que nos perjudica o nos molesta, sino encaminarla a lograr una meta venciendo los obstáculos que se interpongan. “Era un luchador y, sin embargo, jamás quiso luchar contra adversarios personales —nos dice su más reciente biógrafo, el padre García Villoslada, de afectuosa recordación entre nosotros—. Buscó grandes enemigos: los de Cristo, los de la Iglesia, los de la verdad y la justicia. Contra ellos combatió denodadamente. Como todas sus acciones eran maniobras de una grande y perpetua batalla contra el error y la iniquidad, se preocupaba seriamente, cuando alguna de sus empresas marchaba suavemente sobre ruedas, sin estorbos ni contradicciones. Sabía que Cristo y la Iglesia, como la verdad y el bien, serán siempre *signum cui contradicetur*. Por eso, la persecución, lejos de amilanarlo, ‘le aumentaba los bríos y la confianza’. Tanto que cuando, gastada ya su vida por los trabajos y las penitencias, se hallaba en cama enfermo, sus hijos y discípulos decían, según Ribadeneira: ‘Rogemos a Dios que se ofrezca algún negocio arduo, que luego se levantará nuestro Padre de la cama y estará bueno’. La lucha contra las dificultades constituía su mejor medicina”<sup>12</sup>.

Recia formación del carácter, no por ello menospreció la inteligencia; precisamente porque quería hombres enteros, quería intensidad en el estudio, y dio el ejemplo. Las letras fueron base de la formación que ofrecía y para cultivarlas inició institutos afamados, punto de partida de la incontenible vocación docente de la Compañía de Jesús. Vivió entre universitarios. Con seis de ellos (el incomparable Francisco de Javier y los insignes Fabro, Láinez, Salmerón, Bobadilla y el portugués Simón Rodríguez de Azebedo) inició en un juramento eucarístico el día de la Asunción de 1534, en una capillita del barrio parisino de Montmartre, lo que había de ser la Compañía. Sintió y vivió la Universidad; y comprendió que la Universidad había de dar salida a los llamados a dirigir la vida humana por grados de superación.

Lo que no pudo él admitir fue que el cultivo de las letras constituyera entre los suyos simple expansión de regodeo, motivo de vanidad u orfebrería de la cultura. Las letras las entendía él para iluminar el mejoramiento de los hombres y el apostolado de la caridad. No llegó a dominar —ni quizás lo intentó— la belleza de la forma literaria; pero fue iniciador de un estilo macizo. En la elocuencia, prefería la claridad a la retórica: debía poseer, en sencilla oratoria, una fuerza de persuasión inflamadora.

No se aferró a sistemas de otros tiempos, antes luchó por abrir cauce a las preocupaciones de su época. Dicho con palabras de José María Salaverría —el conocido escritor, homónimo, aunque no “sinónimo” del actual rector del Colegio San Ignacio, de Caracas—, su acción fue “entrometerse en la impetuosa marcha de lo nuevo para regir su paso y enderezarlo hacia donde interesa” <sup>13</sup>.

Como hombre entero, tuvo gran culto a la mujer. Pero no a la mujer rebajada a la condición de instrumento o motivo de frívola ocasión. Buen español y buen cristiano, fue la Madre de Dios, María Santísima, el objeto de sus más constantes desvelos. Ella, símbolo de pureza infinita, ejemplo de abnegación materna, marcó en el alma de Ignacio un jalón de belleza inefable. En la severa disciplina de los colegios de los jesuitas, su culto sigue siendo la nota poética que inspira los mejores anhelos a las mocedades robustas de cuerpo y alma; y su devoción en el equipo de las congregaciones marianas constituye la mejor defensa de la integridad juvenil contra el ambiente de lascivia circundante y su mejor preparación para hacer del hogar templo donde la esposa reine y se mantengan las mejores tradiciones domésticas.

El ascético semblante en sus retratos, la aspereza singular de su lucha, la proyección universal de su Orden en momentos dificultosos para la Iglesia, pueden dar la impresión, muy extendida, de que el guipuzcoano fundador era un ser insensible. Le faltaría, en tal caso, un tinte de humanidad para completar la ejemplaridad de su figura. Pero no hay nada de eso. Sus biógrafos señalan la alegría de su temperamento, y hasta alguien hubo que lo describiera como “un hombrecillo con los ojos alegres”. Alegría bien fundada; pues en la historia de su conversión, al comparar el deleite transitorio de las cosas del mundo, que lo dejaba “seco y descontento”, con los pensamientos en lo alto, dijo que “no solamente se consolaba cuando estaba en los tales pensamientos, mas aún después de dejados, quedaba contento y alegre” <sup>14</sup>.

En cuanto a insensibilidad, la historia demuestra lo contrario. Su camino hacia la santificación fue un ejercicio constante de la caridad. Regalaba lo que recogía y vivía en hospitales, entregado al bien de los enfermos y de los pecadores. Cuando estuvo en Azpeitia, después de convertido pero antes de terminar sus estudios, dejó entre sus instrucciones la de “que no hubiesen pobres mendicantes mas que todos fuesen subvenidos” <sup>15</sup>.

Y lloraba. Era un palo de hombre y derramaba lágrimas. No las vertía por el dolor físico, que resistió estoicamente. Pero las vertía por el sufrimiento de los otros y por el dolor de sus pecados. Quizás, jóvenes y viejos que me oís, os extrañe escuchar que con frecuencia las lágrimas corrían de aquellos ojos avezados a ver la vida y dominarla. Ello ofrece a Marañón la oportunidad de

escribir esto que no quiero dejar de leerlos: "Me es grato hacer el elogio de las lágrimas en esta era nuestra, en que el llanto parece que va a extinguirse; y no ciertamente por falta de motivo, sino por falta de sensibilidad" <sup>16</sup>. Llorad también vosotros, jóvenes de mi patria, por el dolor ajeno; no con el llanto cobarde de las posiciones perdidas sino con el llanto varonil de Ignacio, el mismo de los santos y aun de los caballeros andantes, que lava las miserias humanas y echa sobre los dolores del prójimo el lenitivo de la caridad.

Que supo escoger su camino, lo prueba esta celebración. Hace cuatrocientos años que se fue a mejor vida y estamos reunidos para honrar su figura, acompañando a quienes se han comprometido a continuar su obra. Ignacio de Loyola está vivo. Su nombre mantiene resonante actualidad. Por algo la Iglesia ha fijado su fiesta en el día de su muerte, 31 de julio, porque es el día de su inmortalidad.

Rodeada de aspectos legendarios, su semblanza ha conmovido los temperamentos más variados. En su *Vida de Don Quijote y Sancho*, Unamuno parece a veces hacer más la biografía de San Ignacio que la del Caballero de la Triste Figura. En medio de su rebeldía siempre inconforme, no esconde don Miguel su admiración por el valor humano de su paisano Ignacio; y al comentar el episodio del Quijote con don Sancho de Azpeitia, se inflama de afecto por su tierra y grita: "¿Y cómo, contemplando a un vasco, y de Azpeitia, no recordar una vez más a aquel caballero andante vasco, y de Azpeitia también, Iñigo Táñez de Oñaz y Sáez de Balda, del solar de Loyola, fundador de la Milicia de Cristo? ¿No culmina en él nuestra casta toda?" <sup>17</sup>.

No estaba equivocado. Muy pocos de sus contemporáneos han podido resistir como él el efecto destructor de los tiempos. El perdura. Su temple está en el nivel superior de los héroes. "Todo gran santo es un héroe —afirma Marañón— pero en San Ignacio el tema heroico adquiere una realidad y una grandeza patéticas" <sup>18</sup>. Ese heroísmo representa la seguridad de un credo que se vive y dentro del cual se muere serenamente. Todo héroe es hombre en grado eminente, pero el humanismo ignaciano busca al hombre en su esencia. No lo deja como isla perdida en medio del océano, sino como península arraigada al continente: a la tierra firme que es Dios.

Dice el mismo rector salmantino que "toda vida heroica o santa corrió siempre en pos de gloria, temporal o eterna, terrena o celestial". Al leerlo, no podemos menos que pensar en Bolívar. San Ignacio puso en obra el apotegma que habría de anunciar el Padre de la Patria: la gloria está en ser grande y en ser útil. Buscó la gloria, pero comprendió también que

era una ilusión banal si no se la asentaba sobre la roca inmovible. A Cristo sirvió; por Cristo luchó; y al Vicario de Cristo prometió imperturbable sumisión. Fue la gloria de Dios y no la suya la que puso por lema de su vida; pero al buscar aquélla, su propia gloria vino a servir como reflejo, porque la potestad del Creador se muestra en la criatura que le sirve.

Salió de Loyola en busca de aventuras, y por haberse negado a sí mismo, y por haber buscado la alta fuente de donde todo mana, murió contento de su vida. Distinta fue la muerte, aunque también serena, del caballero que iba a salir días después de la Mancha y que por haber puesto su ideal en motivos humanos murió desengañado. Dijo el Caballero antes de rendir su alma, que ya no era Don Quijote de la Mancha, sino que volvía a ser Alonso Quijano, a quien sus costumbres dieron renombre de bueno. El Santo, en cambio, no volvió a ser Iñigo, el de antes; se quedó Ignacio, de ahora y para siempre. Ambos simbolizan el espíritu idealista de los pueblos de nuestra estirpe; pero mientras el cervantino representa un impulso perdido en el vacío, el loyaltarra encarna el impulso que va consciente a donde quiere ir.

Rica en enseñanzas, la vida de San Ignacio de Loyola es un venero para la juventud. Según Salaverría "es un hombre que cree" ". No sólo eso, es preciso añadir. Es un hombre que ama y espera. Porque cree, espera y ama, busca la gloria verdadera: la del Señor que es la Verdad, la Esperanza y el Bien.

Se piensa con tristeza que las juventudes de hoy han perdido el amor por la gloria. Yo no quiero creerlo; y pues he aceptado complacido la inmerecida honra de participar en este acto, debo recordar a la muchachada generosa de esta tierra buena que no hemos nacido sólo para comer y divertirnos. Ahí está el ejemplo de un hombre muerto hace cuatro siglos, que vive todavía porque supo sentir más allá del estómago, creer en algo por encima del ego e inmolarse con santa gallardía. Si hemos de ser algo alguna vez, ello depende de nuestra juventud; que demuestre su capacidad de creer en aquello que no se expresa en cifras, de seguir generosamente un ideal y de afrontar con decisión el sacrificio. Una juventud que cultive, como Ignacio, el carácter; que viva, como Ignacio, en el servicio colectivo el evangelio de la caridad.

Si en esa juventud capaz de recoger su mensaje, cierran filas discípulos de los hijos de Ignacio de Loyola, ése será el mejor tributo a su memoria.

1. *El gentilhombre Iñigo López de Loyola en su patria y en su siglo*, estudio histórico por el P. Pedro Leturia S. J., Montevideo, Editorial Mosca Hermanos, 1938.
2. San Ignacio de Loyola, *Obras completas. Autobiografía y Diario Espiritual*. Introducciones, notas y comentarios del P. Victoriano Larrañaga S. J. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1947, pp. 147-148.
3. Miguel de Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho*, en "Ensayos", Madrid, M. Aguilar, editor, 1945, tomo II, p. 89.
4. Ver las poesías ignacianas en *San Ignacio de Loyola en la Poesía Española del siglo XVII*, por Ignacio Elizalde S. J., "Commentarii Ignatiani", 1556-1596, Archivum Historicum Societatis Iesu, anno XXV, fasc. 49, Ian-Iun., 1956, pp. 200-240.
5. Christopher Hollis, *San Ignacio de Loyola*, traducción de G. H. de Sala, Buenos Aires, Ediciones del Tridente, 1946, p. 10.
6. *Ejercicios espirituales*, n. 230.
7. R. García Villoslada, *Ignacio de Loyola, un español al servicio del Pontificado*, Zaragoza, "Hechos y Dichos", 1956, p. 411.
8. V. Larrañaga, *Introducción a la "Autobiografía"*, ob. cit., p. 74.
9. García Villoslada, ob. cit., p. 418.
10. *Ibid.*, p. 420.
11. *Ibid.*, pp. 289, 399.
12. *Ibid.*, pp. 398, 399, 400.
13. *Loyola*, por José María Salaverría, Ediciones de "La Nave", Madrid, 1929, p. 183.
14. *Autobiografía*, pp. 133-134.
15. García Villoslada, ob. cit., p. 124.
16. *Notas sobre la vida y muerte de San Ignacio de Loyola*, por el doctor Gregorio Marañón, en "Commentarii Ignatiani", Archivum Historicum Societatis Iesu, tomo cit., p. 147.
17. Unamuno, ob. y tomo cit., p. 116.
18. *Estudio citado*, p. 133.
19. *Ob. cit.*, p. 181.



34

**LUCAS GUILLERMO CASTILLO**



**D**ifícil sería olvidar el júbilo cristiano que recorrió la Patria en 1923. Creadas cuatro nuevas Diócesis en la dilatada extensión del territorio nacional, cuatro insignes varones fueron llamados a asumir la responsabilidad de dirigir las. Caracas, que vio ceñirles por vez primera la mitra episcopal y recibió la primera bendición de los nuevos pastores, acudió presurosa a depositar en sus anillos el testimonio de renovada fe y adhesión a los principios de la Iglesia. Para quienes con curiosidad infantil presenciábamos el inusitado espectáculo, imposible sería borrarlo, después, de la memoria; pero el tiempo y el testimonio de las mejores voces se habría de encargarse, además, de enseñarnos que no era inmotivada la alegría de la cristiandad venezolana, porque no eran figuras opacas, sino de un brillo de excepción, las que entraron entonces en la galería ilustre del Episcopado nacional.

De aquellos cuatro pastores, tres han muerto. Han dejado la vida terrena y no comparecieron, por cierto, con las manos vacías a rendir cuentas al Tribunal Supremo. Han desaparecido, pero dejaron huella perdurable en la conciencia de sus pueblos. Para quien haya recorrido los caminos que a Venezuela cruzan, difícil será no toparse con el recuerdo vivo, presente a cada instante, de aquellas distinguidas figuras. ¿Cómo no cobrar más afecto por la elocuente estampa del señor Granadillo, al escuchar el elogio emocionado de sus discípulos, o al recordar el temple heroico del hombre que legó su corazón al corazón de la montaña, en el amado pueblecito carabobeño que le vio nacer? ¿Cómo no aquilatar la intensa admiración por la figura excelsa del señor Tomás Antonio Sanmiguel, en cuyo recuerdo amado funda el clero tachirense los mejores propósitos y más nobles anhelos de servicio? Y ¿cómo no doblar la rodilla e inclinar la cerviz ante el más cercano de esos muertos, aquel recio varón trujillano que fue el señor Mejía, el de voluntad de bronce y caridad de blanda cera?

Al recordar la desaparición de aquellos hombres, no son maitines impregnados de tristeza sino cantos de triunfo los que hay que entonar, porque triunfaron sobre la indiferencia, la incredulidad y el egoísmo: hay otro salmo que entonar también, por el que vive con nosotros, para fortuna nuestra, en este año jubilar. La

*La mansedumbre de Monseñor Lucas Guillermo Castillo, Obispo de Coro en 1923, Coadjutor de Monseñor Rincón González y Administrador Sede Plena de Caracas a partir de 1942, Ordinario de la Sede Metropolitana desde 1946, Asistente al Solio Pontificio y Primado de Venezuela a título personal, fue ampliamente reconocida; pero esa mansedumbre recubría un carácter de temple recio y una conducta rectilínea. Monseñor Castillo nació en Güiripa, Distrito de San Casimiro, Estado Aragua, el 10 de febrero de 1879 y murió en Caracas en 1955. El discurso que aquí aparece fue leído en el Teatro Municipal, con ocasión de sus Bodas de Plata Episcopales, el 21 de octubre de 1948.*

Providencia ha mostrado singular deferencia con el amado Obispo a quien rodeamos hoy. De su salud precaria no parecía esperarse larga vida, y ha sido un milagro de la divina voluntad haberle mantenido para bien de la Iglesia. El ha mostrado recio temple para resistir fatigas y para soportar inquietudes. Si Dios le ha cargado con el peso de graves responsabilidades, le ha dado el raro don de sortear los peligros; y si le ha cercado de obstáculos, le ha transmitido el privilegio de saber hacerse querer y respetar. Para quienes hemos tenido la suerte de tratar a Monseñor Castillo, no constituye motivo de sorpresa el afecto entusiasta de su grey en sus Bodas de Plata Episcopales. Es digno hermano de los otros hermanos que con él asumieron el principado de la Iglesia. El ha tenido, como ellos, esa santa modestia y esa unción apostólica que lo exaltan en el episcopado. Como Monseñor Sanmiguel, creó un Seminario a fuerza de ignoradas privaciones, y abrió a su preclaro sucesor en la sede secular de los Médanos, campo fecundo de acción y sacrificio. Nació, como el Obispo Granadillo, en humilde población serrana y como él sembró en el panorama rural de la montaña la cristiana planta de imborrable recuerdo. Y no le ha faltado tampoco, para sorpresa de quienes sólo conocían su mansedumbre y su bondad, el acerado temple del Obispo Mejía en el momento en que el *non possumus* histórico había de salir de sus labios como imperativo inexorable. Como aquéllos, se ha sabido ganar el corazón del pueblo; y, representación máxima de la familia episcopal de 1923, cuyo año jubilar le ha encontrado en la más alta silla del cenáculo, ha venido a recibir en este homenaje, además del cariño, la manifestación que en su persona hace la catolicidad venezolana de su lealtad a los principios y su devoción incommovible a la autoridad de la Iglesia.

No habría, pues, causa ni razón valedera para que un creyente declinara el honroso encargo de expresar al esclarecido Prelado el sentimiento de sus fieles. Ni la falta de merecimientos para desempeñarlo, en presencia de otros que han aquilatado sus virtudes al servicio exclusivo de la Iglesia; ni la ineptitud resultante de haber entregado la vida a la aspereza de una lucha sin tregua, en contraste con la poética expresión que otras voces menos contaminadas con acentos humanos habrían podido dar al homenaje de quien ha sido encarnación inagotable de la mansedumbre y la paciencia, podrían haberme exonerado de atender al generoso llamado de llevar la palabra en este acto. La sola condición de católico, expresada sin jactancia pero sin rubor en las vicisitudes del combate, ya me obligaba a este grato deber; pero a ella se suma la de amigo personal y viejo apreciador de Monseñor Castillo: es el imperativo del afecto, que viene a dar más fuerza aún a la inexcusable obligación.

Entremos, pues, a recordar hechos que hacen historia. Hace veinticinco años la mitra de Coro fue colocada en las sienes —ya grises, hoy albas— de Monseñor Castillo. La ciudad que sirviera de sede durante más de un siglo al Obispo de Venezuela, volvía a adquirir la dignidad catedralicia. De la jurisdicción de Monseñor Alvarado, el titánico apóstol de la Diócesis de Barquisimeto, recibía Monseñor Castillo las asoleadas tierras falconianas. ¡Cuánta extensión para el celo de un pastor! ¡Cuánta pobreza, cuánta desolación, en aquellas arenas; cuántos dolores en aquellas costas, cuántas amarguras en aquellas Sierras encerradas entre vías intransitables!

Era imposible que un Obispo, desde Barquisimeto, pudiera atender a los que ocupan los Estados Lara, Yaracuy, Portuguesa y Falcón. Era también duro, muy duro, poder desarrollar desde Coro una acción apostólica para atender las necesidades religiosas de una población esparcida en distorsionada geografía.

Pero allí fue donde Monseñor Castillo perfiló definitivamente su silueta. No hubo camino duro para la voluntad del Obispo. No hubo consideración para el cuerpo, ante la necesidad de entregarlo al duro ejercicio de una bestia de silla. No hubo climas templados o tórridos para medir su esfuerzo: él ejerció por todas partes un ministerio igual. La dura tierra arcillosa de Paraguaná hizo eco a sus pasos, lo mismo en períodos de lluvia para siembra promisoría, que en momentos de desesperante sequía. El Obispo estaba en todas partes. Su deseo de servir era el único paliativo de la escasez de clero. Había para cada sacerdote una tarea que habría bastado para agobiar a muchos. Cada uno tenía que asumir responsabilidad sobrehumana, y quien ceñía la mitra quiso ser el primero en el ejemplo. Reservó para sí la porción máxima en sufrimientos y trabajos.

Rodea la sede episcopal de Coro —bella ciudad doliente que aprisiona entre cactus las huellas de cuatricentenaria historia—, un hermoso paisaje de desierto. Hermoso, sí, porque sus dunas, traídas por la brisa hasta las puertas mismas de la ciudad señera, ofrecen la visión de una eterna y ondulante armonía en el suave rizo de sus médanos, borrados muchas veces por el viento y renovados otras tantas en su estructura de blanca y fina arena. Pero hay un no sé qué de inhibición en el reflejo de ese paisaje sobre el hombre. Parece como si el desierto tuviera siempre que engendrar en la mente una tendencia al fatalismo; como si las arenas blancas y estériles, en contraste con la riqueza estrellada de sus

cielos sin nubes, fueran la mejor expresión de la infinita pequeñez del hombre ante las obras del Creador de la Naturaleza.

Pero el desierto no ha sido, no, tentación de fatalidad musulmana en la voluntad de los Obispos de la Sede de Coro. No ha parecido movediza sino firme, la arena sobre la cual se ha hundido muchas veces su báculo. Monseñor Castillo llegó a Coro como la voz que clama en el desierto. Pero, ¡oh! milagro de la fe cristiana, ¡oh! reserva inagotable del alma nacional venezolana, su voz no se perdió en la inmensidad del espacio. ¡Le respondió el desierto! Lo que parecía tal, era el hogar de una creyente colectividad, propicio teatro para sus generosos esfuerzos. Allí empezó con él, de nuevo, una labor de cristianización; y esa labor, impregnada de misionero espíritu y alentada por la sonrisa optimista de Don Bosco, está en marcha, en marcha que ya para cualquiera sería difícil detener.

Fue en medio de la pobreza de su Diócesis coriana, donde mejor sobresalió la figura de Monseñor Castillo. Si era escasa la comodidad material que como Obispo le correspondía, él supo todavía hacerla más escasa, compartiendo con otros su asignación modesta, para aliviar dolores a su clero y fieles y para dar impulso al ejemplo optimista de sus obras.

El mejor fruto de su esfuerzo fue el reconocimiento unánime que se supo ganar. Tiempos difíciles le tocó vivir, a pesar de la aparente calma impuesta, como corteza de quietud, a la movida entraña nacional por la armazón autoritaria de la dictadura. Hubo escaramuzas sangrientas en la lucha armada contra Gómez, y el manso apóstol no temió en afrontar los riesgos de la pasión sectaria, abriendo su palacio a los vencidos e interponiendo ante el rigor, su cristiano y patriótico llamado a la clemencia. Yo he escuchado muchas veces el elogio de su insigne actitud, por las bocas y en las oportunidades más disímiles. Y cuando inequívoca manifestación de la voluntad del Supremo lo exaltó al solio metropolitano, la Asamblea Legislativa de Falcón lo hizo hijo adoptivo de aquel pueblo, interpretando un efusivo sentimiento popular: pues si San Casimiro tiene como timbre de orgullo el natalicio en su humilde caserío de Güiripa de quien fue durante dieciocho años su párroco ejemplar, Coro no pudo resignarse a no tener como coriano al Obispo que supo asimilarse plenamente a aquel medio, sentir sus emociones y vivir los anhelos depurados en el crisol ardiente de su tierra.

### *La voluntad de Dios*

---

La voluntad de Dios, estoy convencido de ello, fue patente en la traslación de Monseñor Castillo a la Sede Metropolitana de Ca-

racas. Eran tiempos difíciles, cuasi calamitosos, en la organización eclesiástica. La supervivencia coactiva de un régimen de Patronato que ha causado innúmeros conflictos en las relaciones entre la Iglesia y el Estado, estuvo a punto de conducir en 1939 a una ruptura irremediable. Llegaron las cosas a un extremo en que la Iglesia, defensora obligada de su disciplina y sus principios, ya no podía ceder. Y fue entonces cuando, en una fórmula que nadie inspiró sino el Altísimo, el nombre del humilde Obispo de Coro se hizo presente en los espíritus, en un término de veinticuatro horas, como la solución providencial. Era el día de María Auxiliadora, la máxima devoción salesiana a que tan apegado es Monseñor Castillo, cuando fue requerido a dar su aceptación para un cargo que envuelve grave y arisca responsabilidad.

Se le trajo de Coro a Caracas a los trescientos años de haber sido trasladada la Silla Episcopal desde la ciudad de los Médanos hasta este valle que custodia el Avila. No en vano le había tocado a Monseñor Castillo ser el primer Obispo de la nueva Diócesis que tiene como Sede la misma de Rodrigo de Bastidas, quien se llamaba Obispo "de Coro y Venezuela". Pero la circunstancia del traslado era diametralmente contraria. En 1637, la disposición que autorizó la erección catedralicia en Caracas invocaba que en Coro el Prelado estaría sujeto al peligro de ataques inminentes por la caída de Curazao en manos de los holandeses: aquí en el Centro, se le veía más guarecido, más seguro. En 1939, la Bula que preconizó al señor Castillo como Coadjutor de Caracas le arrancaba de su tranquila actividad de Coro, inquieta por dinámica acción pero serena por la ausencia de especiales conflictos, y le colocaba en el duro timón de una nave que ha atravesado recias tempestades y que parece estar expuesta siempre a ser objeto de multiformes embestidas.

Es la diadema de un honor insigne, pero también el peso de carga abrumadora, este gobierno arzobispal de Caracas que recayó, sin él aspirarlo ni desearlo, en el virtuoso y persuasivo Obispo de los Médanos. Quizás no sea aventurado suponer que más sinsabores e inquietudes le han proporcionado nueve años en el Arzobispado, que lo que pudieron darle dieciocho años de labor parroquial en su distrito de San Casimiro, o dieciséis años de trabajo misionero en su primera Diócesis. El las recibe en el nombre de Dios; y como en el nombre de Dios orienta su conducta y su gobierno, ha florecido en su rostro esa serenidad ejemplar que muestra en los momentos más oscuros.

Abruma, en efecto, la mitra que ciñera González de Acuña, "ilustre entre los mayores Obispos que han ocupado la silla caraqueña", constructor de acueductos y hospitales, de quien hace emocionado recuerdo el doctor Mario Briceño-Iragorry; abruma, la del enér-

gico y combativo Fray Mauro de Tovar, o de los civilizadores Baños y Escalona; abrumba, gravemente por cierto, la que ciñó Don Mariano Martí, el Obispo del viaje milagroso y de las iniciativas henchidas de progreso; abrumba la mitra episcopal que fue hecha metropolitana en las sienes de Francisco Ibarra, el primer venezolano en el gobierno eclesiástico de su patria nativa, el primer Arzobispo de Caracas, hombre de ilustrado pensamiento y acción fecunda, cuyos restos se disputaran con afecto diversas colectividades hasta ir al Panteón Nacional, donde sirvieron, quizás, del primer puente humano, reclamado por la crítica histórica, entre la patria de la gestación colonial y la patria del doloroso y brillante alumbramiento, ya que ésta se reconoció por primera vez continuadora de la otra al recoger los mortales despojos de aquel varón de la Colonia que murió en 1806 y subió en 1881 al templo de la gloria confundido con los fundadores de la República.

Pero es especialmente grave el peso de la mitra de Caracas en la época del Arzobispado. De punzantes espinas ha sido, sin metáfora, la corona apostólica de ese reinado. ¿Es que de alguno de los ocho Arzobispos que la ciñeron, desde el señor Ibarra hasta el señor Castillo, puede decirse que ha escapado a graves sufrimientos? Nadie podrá decirlo del Arzobispo Coll y Prat, considerado realista por algunos patriotas, sospechado patriota por los realistas y arrancado por éstos de su sede a la que sólo habría de venir su corazón y quien, por una de esas paradojas del destino, iba a sentarse en efigie en el Concejo Municipal de la Capital de la República el mismo día que su adversario el General Miranda. Ni mucho menos, imaginar siquiera, que no fueron el dolor y la injusticia lo que llenaron el gobierno arzobispal del ínclito llanero señor Ramón Ignacio Méndez, el "crisóstomo americano" del epitafio colocado en la Catedral de Bogotá; de quien si puede decirse que, crisóstomo, tuvo de oro la boca llena de verdad y elocuencia, también ha de decirse que tuvo de acero el corazón lleno de religión y patriotismo. Ni estuvo exento, no, de intenso padecimiento espiritual a que se atribuye su muerte, el reinado de Monseñor Fernández Peña, el merideño ilustre que para simbolizar la unión de las dos provincias metropolitanas hubo de ser el cuarto Arzobispo de Caracas. Ni fue otra cosa que el martirio, a pesar de sus prendas insignes, lo que más realza la figura del "óptimo prelado", aquel Guevara y Lira tallado en bloque de granito, al que sólo el humilde busto de Cantaura ha venido a salvar de la injusticia histórica, porque supo resistir a la impiedad y no quiso arriar el estandarte de los derechos de la Iglesia. ¿Podrá, acaso, pensarse que estuvo exento de amargura el corazón episcopal de los prelados Ponte y Uzcátegui? ¿Podrá creerse que lo estuvo aquel paladín de la catolicidad venezolana, luchador y maestro,



sembrador y arquitecto, propagandista del dogma y del amor de Dios, forjador de la ciencia y abanderado de la fe que fue Monseñor Castro, a quien llamara el Obispo de Usula, "varón superior entre los máximos de la República"? O ¿se puede negar que el sufrimiento acrisoló el espíritu de Monseñor Rincón González, el manso y humilde pastor?

Dios ha enviado visible ración de duro sacrificio a cada Arzobispo de Caracas. Ha querido, sin duda, que la cúspide de nuestras dignidades eclesíásticas lleve consigo un sentido mayor de sacrificio que de cómoda dignidad. A Monseñor Lucas Guillermo Castillo no le ha faltado aquélla. Dios lo escogió para sortear un conflicto de vastas proporciones. Lo colocó en la Silla Episcopal con el encargo de aligerarse en ella. Le encomendó diluir la pompa del atributo episcopal, en la voluntaria modestia de su corazón de sacerdote. A fuerza de caridad pudo limar rozamientos internos. A fuerza de caridad ha estado limando rozamientos externos. Sólo Dios sabe hasta qué grado le concederá El mismo la satisfacción de lograr con persuasiva mansedumbre solucionar problemas que colocó en sus manos. Pero todos podemos ver a nuestro alcance, que el resultado fundamental está obtenido: demostrar cómo la Iglesia extrema ante la vida sus esfuerzos de suma prudencia y cuando no cede es porque recibió del Maestro el encargo intransferible de conservar intacto el depósito de su doctrina y su unidad.

#### *Momentos de tremenda responsabilidad*

---

Delicada es, sin duda, la época arzobispal de Monseñor Castillo. No discurre la vida por los cauces dormidos de una situación determinada. No hay paz en los espíritus. El mundo sufre convulsiones de angustia, y la patria va buscando su camino y adquiriendo a costa de su estremecimiento el derecho a lograrlo.

¿Puede aspirarse, acaso, a que no llegue hasta la Iglesia, comunión espiritual de la inmensa mayoría de nuestro pueblo, depósito de principios que se mezclan con todos los aspectos de la compleja actividad social, la vibración de ese estremecimiento?

La Iglesia representa valores muy caros al espíritu humano, para que se la pueda imaginar indiferente ante las mutaciones sociales. La Iglesia tiene el deber de defender normas morales que la humanidad conquistó con el sacrificio de millares de vidas ante las fauces de la arbitrariedad y el despotismo. No se puede aislar. No se puede callar. No se puede inhibir. Indiferente ante sistemas y debates que le son ajenos, no puede serlo cada vez que se invade el reducto infranqueable de sus dogmas y de su disciplina.

Es para mí, quizás, este terreno el más difícil de abordar. Ante la solemnidad de este homenaje, he de quitar a mis palabras todo aquello que pueda traer el acento de una lucha a la que estoy dado por entero. Pero tampoco me es lícito, por la significación de esta fecha, dejar de valorar la significación de la presencia de Monseñor Castillo en los tiempos que corren. Afortunadamente, no necesito usar palabras propias ni se me hace preciso innovar definiciones. Las definiciones y el análisis están hechos por bocas más autorizadas que la mía.

Es el propio Arzobispo Castillo quien ha definido en Carta Pastoral la gravedad angustiosa de la hora. Sus palabras, hace ocho años pronunciadas, tienen por ello el mérito de no significar determinada referencia a determinados hombres o sistemas. Tienen el valor de lo que se halla por encima del episodio histórico. “Es hora de encarar —nos dijo él mismo— con ánimo decidido la tremenda responsabilidad que nos arroja el momento en que nos toca vivir”. Hay que hacer frente a quienes —nos indica— “bajo el pretexto de evitar una influencia del clero en las instituciones políticas de la nación, han venido atacando sistemáticamente la libertad de acción de la Iglesia Católica”.

Recuérdese que estas palabras son de 1940, y que observen la fecha quienes afirman que la Iglesia fue remisa antes en la defensa de sus postulados. Tal vez sorprenda el tono categórico de sus expresiones a quienes imaginan que su reconocida bondad puede mellar la integridad de sus ideas o la entereza de sus procedimientos. Pero es que parten de un falso supuesto. La doctrina se ha conservado íntegra en el prudente Obispo. Tal vez en parte se le pueda aplicar el análisis de Monseñor Navarro para otro Arzobispo, a quien tocó actuar también en tiempos de cambios e inquietud: “De ahí esa actitud tan circunspecta que asumió, acatadora siempre del gobierno constituido, revestida de una noble reserva ante el desarrollo del tremendo conflicto, y arrojando con santa serenidad las explosiones de ira de los unos y de los otros apasionamientos. No otra debía ser su conducta durante aquel caótico período. El buen sentido de nuestro pueblo no se engañó nunca, a Dios gracias, en este punto, y jamás pretendieron los fieles echarle en cara a sus Pastores ese comportamiento suyo para con las opuestas situaciones políticas. Cuando la faz del abismo se iluminó, cuando el nuevo orden de cosas quedó asegurado, la Iglesia no puso dificultad en reconocerlo y acatarlo, sin ninguna clase de reservas; y si se presentaron luego —continúa hablando Monseñor Navarro— competencias entre la Iglesia y el Estado, no fueron ciertamente por causa de la forma adoptada de gobierno, sino por el reclamo de derechos que, sea cual fuere la forma de gobierno que se adopte, la Iglesia se considerará siempre con títulos para reivindicar”.

De mucho servirá ese juicio de nuestro más ilustre historiador eclesiástico sobre otro personaje —salvando las distancias impuestas por las épocas— como fuente de análisis para quienes estudien mañana la época histórica de la actuación de Monseñor Castillo.

Y por cuanto la ocasión es solemne y estoy tratando un tema que ofrece puntos de contacto con la acción que me ha tocado sostener en el campo político, me permitiréis que como único desahogo personal proclame aquí, ante el mejor testigo, que jamás he ocurrido ante el Prelado pidiéndole desviar un milímetro por intereses de partido, la línea que su conciencia, a la luz de los textos y enseñanzas de la Iglesia, le indique que debe señalar. El no habría accedido, sin duda: pero es para mí motivo de satisfacción que rebosa en el alma, poder proclamar que jamás he tenido tampoco la osadía de exigirlo.

### *El Sacerdocio, la Familia, la Acción Católica*

---

Preocupación fundamental de su ejercicio arzobispal la ha constituido la formación del Clero. ¡Cómo no va a llegar a su alma la soledad espiritual de nuestros campos y nuestras poblaciones, a los que tiene que atender un número escasísimo de ministros de Dios! Su afecto por la obra de los seminarios es cosa proverbial. Al Seminario ha dado muchas de sus mejores inquietudes y para el Seminario ha sido hasta el fruto del espontáneo obsequio de sus fieles en este año jubilar. “Es un círculo férreo —nos dice— que Nos angustia y estrecha como una tenaza de desolación”. Anhela pues, “la legión de apóstoles que reclaman la hora y la crisis espiritual de los modernos tiempos”.

Quizás acicateada por esa misma ansiedad de vocaciones, va pareja con ella su preocupación incontenible por la recristianización de la familia. Sin hogares cristianos, difícil es sin duda conseguir vocaciones dispuestas, formaciones robustas y sólidas para el arduo ministerio, más duro todavía en nuestro medio que en otros donde al sacerdote se le exige menos y se le ayuda más. La familia: si ella es la célula de la vida social, ¡cómo no puede constituir centro constante de atención del pastor! Para que el espíritu cristiano reine en las naciones debe reinar en las familias, y ese reinado de la vida cristiana es aspiración sostenida por Monseñor Castillo como hijo leal de la Sede Apostólica.

Como hijo leal de la Sede Apostólica ha sentido también, con los Papas ilustres de su tiempo, la necesidad de impulsar la Acción Católica. Su Carta Pastoral de 1940, dedicada a este tema, es uno

de los más valientes documentos que se hayan podido escribir en Venezuela desde su alto sitio. Impresa, ha recorrido los círculos de estudio y se mantiene alerta en la conciencia de las generaciones. Allí no hay esguinces ni rodeos en el planteamiento de las fórmulas.

“La Iglesia —expresa— siempre ha contado con la incondicional obediencia de los ejércitos organizados: los clérigos y los religiosos; pero después del asalto del laicismo, la Iglesia necesita movilizar a los fieles seculares para que como una legión en orden de batalla flanqueen los dos ejércitos preexistentes”. “Porque la Acción Católica es mandataria reconocida de la Iglesia, de la misma manera que ésta es la auténtica mandataria de Jesucristo. Bastaría decir en pro de la legitimidad de su apostolado, que la Acción Católica es querida y está mandada por el Papa”. Y después de citar expresos llamamientos de Pío XI, recién entonces desaparecido, conmina con este apóstrofe elocuente: “El que tenga oídos para escuchar, que acoja, pues, en espíritu de humildad y con ánimo contrito el testamento espiritual del inmortal Pontífice”.

No se le ocultó al arzobispo que el desarrollo de la Acción Católica podía dar pábulo a confusiones y tergiversaciones. Como los supremos jefes de la Cristiandad, vio claro y ofreció soluciones tajantes. “No es que la Acción Católica —dijo— se desinterese de las actividades políticas de los católicos. . . El fin de la Acción Católica no es entrometerse en el partidismo político. Elemento de integración cuya finalidad está muy por encima de las contiendas civiles e intereses caudillescos, la Acción Católica sin embargo no abandona el campo donde forzosamente debe actuar, sino que su misión es preparar el ambiente y los hombres. Este sí es el fin de la Acción Católica: la formación cristiana de sus socios para la vida civil y pública, de modo que puedan cumplir en lo futuro sus deberes políticos con conciencia netamente católica. De las filas de la Acción Católica saldrán los hombres nuevos, la nueva cristiandad, la nueva juventud, por quien ha tiempo, en una dolorosa expectativa, suspira Venezuela. Pero si la política toca al altar, es evidente que entonces la Acción Católica debe aprestar sus armas combativas en defensa de la Iglesia de cuyo apostolado participa. Si esto se llama hacer política, sea en hora mala: la Acción Católica es política”.

No ha eludido, pues, la prudente actitud del excelentísimo señor, las definiciones exigidas por su Iglesia en las apasionantes cuestiones que rodean más y más cada día los contornos de su palacio arzobispal. Su mansedumbre no excluye reciedad. Su mensaje es de paz, pero de paz vigilante ante el derecho.

No en balde, para lema de su Episcopado, el señor Castillo escogió como lema aquella invocación: *defende nos in prælio*. ¡Defiéndenos en el combate!, fue su visión anticipada de los tiempos difíciles en los que había de actuar. No era solamente la lucha permanente entre el bien y el mal, entre la gracia y el pecado, entre el progreso y la miseria. Era la lucha contra las dificultades, era el combate hermoso y noble por los derechos y prerrogativas de la comunidad cristiana que tiene la misión de dirigir.

Está el corazón de monseñor Castillo abierto a todas las necesidades. Si hasta se dice de él que ha querido seguir siendo párroco. Con ello, se le hace el más grande y sentido de todos los elogios. Por algo monseñor Quintero, el de la elocuencia incontenible, resumió en una frase de su elogio para monseñor Jáuregui el tesoro que envuelve la acción parroquial: “Por lo que conviene a su ministerio pastoral, os he expresado todo cuando os digo que fue un párroco modelo”. Sólo que la Parroquia ya no es su quieto escenario de San Casimiro. ¡La Parroquia es Caracas, es la Provincia, es la representación del catolicismo de Venezuela entera! Esa Parroquia halla su quicio en el corazón del prelado. El arzobispo tiene especial placer en santificar hogares, en asistir moribundos, en administrar sacramentos. Es la figura familiar en los momentos íntimos de los hogares cristianos, hasta los más humildes.

Ese corazón le hace amar a su Iglesia como amó a su Parroquia. Blando para con el pecador que busca la senda de la verdad y la justicia, es inflexible con el dogma. ¡Defiéndenos en el combate! impetra por nosotros en cada vuelta oscura de la vida.

“Parece que no fueran propicios —dice en frases severas— estos momentos de hecatombe y de ruina mundial para realizar tan sublime ideal de espiritualismo y de apostolado. Pero, sin embargo, sentimos que de este apocalíptico estremecimiento surge como un intento y unísono clamor que nos dice: “Volved a Dios, pueblos y naciones; volved a Dios, mandatarios y súbditos, si no queréis sucumbir en el olvido y en la nada”.

Vigente está, excelentísimo señor Arzobispo, vuestro emocionante llamado. Aquí está con vos vuestro pueblo católico, deseoso de atenderlo. Humilde portavoz de sus más firmes sentimientos, recoged de mis palabras solamente lo que ellas puedan significar como testimonio colectivo de adhesión y de estímulo. Olvidad lo desmañado de la frase y recibid tan sólo la intención, que es leal y profundamente sincera. Aquí está vuestro pueblo. Dispuesto a repetir con vos ese llamado para que vuelvan a Dios los pueblos y naciones. Y dispuesto a reiterar con vos la invocación

a la ayuda del Todopoderoso, para que en medio de dificultad y zozobra, pueda expresar en vuestro lema todo un compendio de fe batalladora y decidida: "Señor: en Ti creemos y por Ti luchamos: ¡defiéndenos en el combate!".

35

**SALVADOR MONTESDEOCA**





*Era yo un niño cuando en Barquisimeto, en visita familiar al insigne Obispo Aguedo Felipe Alvarado, padrino de mi padre adoptivo, asistí a los actos de consagración episcopal del Coadjutor de la Diócesis, doctor Enrique María Dubuc. En aquella ocasión encontré a un joven sacerdote, que era Secretario del Obispo y que al saber que yo había sido alumno del Colegio de los Jesuitas, me regaló un folletico suyo, en el que hacía una apasionada defensa de los maestros comunes, que eran objeto de controversia con motivo de su regreso a Venezuela. Ese joven sacerdote fue después Obispo de Valencia, Monseñor Salvador Montesdeoca. Por defender con valentía sus ideas fue extrañado del país y al regresar, en una noche inolvidable en el Palacio Arzobispal de Caracas, cuando el Episcopado de Venezuela asistía a un acto promovido por los jóvenes de la Acción Católica, tuvo palabras encendidas, llenas de comprensión y de defensa para las inquietudes juveniles. Salió después del país y nunca regresó. Ofrendó su vida ante la barbarie desatada en Europa. Su nombre quedó vinculado al heroísmo de Monte Casino y su figura representa para Venezuela un extraordinario valor.*

**L**a fracción minoritaria de oposición, a la cual pertenezco, no le va a dar el voto a la proposición de pase a Comisión que ha formulado el representante Cedeño, porque considera que el proyecto de acuerdo presentado es un justo y merecido homenaje que, sin vacilaciones de ninguna especie, debe ser tributado por esta Asamblea a la figura preclara de monseñor Salvador Montesdeoca.

No puedo dejar de pronunciar algunas palabras de emocionado recuerdo ante la figura del obispo mártir, preclaro valor de la nacionalidad y amigo que supo siempre indicarnos, con la palabra y con el ejemplo, el camino del deber.

Conocí a monseñor Montesdeoca en Barquisimeto, allá por el año de 1926, cuando yo era todavía un niño y él, joven sacerdote, actuaba como secretario de otra figura ilustre del Episcopado Venezolano, monseñor Aguedo Felipe Alvarado. De la escuela de monseñor Alvarado, hombre íntegro, patriota integral, gran sacerdote y gran obispo, monseñor Montesdeoca supo hacer honor a su maestro.

Fue siempre una figura enhiesta. No se doblegó nunca, y supo representar la defensa de sus convicciones en todos los momentos, en todas las circunstancias de la vida. Como a monseñor Méndez, el héroe de la independencia y amigo de Bolívar, en el gobierno fuerte del general Páez; como a monseñor Guevara y Lira, por voluntad del autócrata general Guzmán Blanco, también se aplicó a monseñor Montesdeoca el articulado de una ley anacrónica que no guarda ninguna relación con las tradiciones democráticas de la República. Se invocó por el gobierno de Gómez la ley de patronato eclesiástico para echar de las playas de Venezuela al santo y varonil obispo; y este homenaje que se le está rindiendo hoy, hoy cuando se valoriza el gesto de monseñor Montesdeoca, debe ser una admonición para que esta Asamblea Nacional Constituyente abandone el mantenimiento de aquel sistema arcaico y dé a la Iglesia Católica un régimen de libertad y amplitud, un régimen de garantías ciudadanas que no ponga a los obispos de Venezuela en el caso de ser nuevamente víctimas

de arbitrariedades como las que sufrieran Méndez, Guevara y Lira o Salvador Montesdeoca.

Supo monseñor Montesdeoca, en presencia de las hordas de Gómez, defender el postulado de la estabilidad del vínculo familiar, fundamentado en la convicción religiosa de la que era elevado ministro, y en la defensa de sus principios no se arredró ante las consecuencias.

Como lo ha observado el representante Celis Pérez, regresó a Venezuela sin incurrir en el delito de humillarse; regresó a Venezuela manteniendo el tesoro de su actitud, que es ejemplo para las generaciones futuras. Yo recuerdo muy bien el retorno de monseñor Montesdeoca. No se me podrán olvidar nunca las palabras que a nuestro movimiento de Juventud Católica en aquel entonces dijera en los vetustos salones del palacio arzobispal de Caracas; ¡cómo señalaba con su verbo encendido, allí mismo, en el corazón de Caracas, en pleno régimen de opresión, el camino de la dignidad ciudadana, el camino de la rebeldía, que era el que él marcaba a los jóvenes para que llevaran muy en alto la conciencia de la patria! El supo alentarnos vigorosamente en nuestras dificultades; él supo ser amigo y consuelo; el supo mantener ante nuestros ojos presente la visión de una patria distinta de aquella en que nos había tocado nacer y vivir: la visión de una patria redimida de sus dolores, la visión de una patria libre de tiranos y de opresión.

Así mismo, con el gesto erguido, con la misma dureza, con la misma rectitud de su físico enhiesto, con la misma posición que había sostenido desde su más temprana juventud, monseñor Montesdeoca supo ofrecer su vida en holocausto por la paz del mundo. Supo oponerse a la barbarie; supo sacrificarlo todo, y por eso sus cenizas, redimidas de aquella tumba en que las sepultara la tiranía y el atropello de los nazis, vienen a ser un tesoro para la dignidad de Venezuela, un tesoro que nos permitirá recordar a nuestro pueblo que en las épocas más oscuras no faltaron luceros, luceros de dignidad, luceros de civismo, hombres íntegros para quienes la convicción valía más que todo, hombres para quienes la vida no vale nada si no se endereza al ideal.

Que la Asamblea Nacional Constituyente, pues, recoja este homenaje proyectado a los despojos mortales de monseñor Montesdeoca y que la efigie de aquel obispo íntegro, de aquel obispo joven, de aquel obispo ejemplo para las nuevas generaciones, sea una admonición, un estímulo y un documento perenne de que en Venezuela siempre ha habido dignidad que no se ha doblegado ante las circunstancias y que ha mantenido la llama del patrio-

tismo, la llama de la pureza de las instituciones, la llama de la libertad, aun en las noches más negras de nuestra historia.

Bien hace la Asamblea en honrar esos restos de aquel varón ilustre. Fue un gran hombre. Fue un gran venezolano. Fue un gran obispo católico.



36

**RAFAEL ARIAS BLANCO**



*Estaba en la plenitud de su vida Monseñor Rafael Arias Blanco, Arzobispo de Caracas, cuando un grupo de alumnas del Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe, de Caracas, tuvo el privilegio de que les concediera su nombre para distinguir su promoción. El discurso pronunciado en aquella oportunidad, aunque sólo contenía breves párrafos sobre la personalidad del epónimo, fue incluido en la primera edición de Moldes para la Fragua, en homenaje al egregio Pastor cuyo reciente fallecimiento había conmovido hasta lo más íntimo las fibras del sentimiento nacional. En esta ocasión, y sin olvidar el motivo que las provocó en 1957, hemos querido incluir una semblanza, como testimonio de veneración y afecto a quien tenía sobre sus hombros la más alta responsabilidad de dirección espiritual de nuestro pueblo en las jornadas que dieron nacimiento e iniciaron la fijación de nuevos rumbos a la democracia venezolana.*

**E**l 30 de setiembre de 1959, cerca de la ciudad oriental de Puerto de la Cruz, un absurdo accidente provocaba una verdadera desgracia nacional. Un pequeño automóvil, al salir de la vía cayó en una hondonada no profunda, pero en forma lo suficientemente trágica para que fallecieran sus tres pasajeros: el ilustre y bien amado Obispo de Barcelona, Monseñor José Humberto Papani, el sacerdote Hermenegildo Carli y el Arzobispo de Caracas, Monseñor Rafael Arias Blanco. No era sólo su elevada investidura arzobispal, que lo hacía en cierto modo el primero en la jerarquía pastoral de Venezuela, ni siquiera el que ya se le mencionara como probable miembro del Colegio Cardenalicio, que aparentemente lo llevaría a ser primer Cardenal venezolano (distinción que la providencia tenía reservada al eximio prelado José Humberto Quintero), lo que determinó esa conmoción: era la figuración que los hechos históricos le habían dado en el proceso de liberación que culminó en Venezuela el 23 de enero de 1958 y en la búsqueda que todos los sectores dirigentes se afanaban en hacer, de los nuevos caminos para la democracia venezolana, en todo el año de 1958 y en el año inicial del nuevo período constitucional, a saber, 1959.

Monseñor Arias Blanco era, por sobre todo, un hombre de Iglesia. Sus excelentes cualidades personales, su rectitud, su claridad de criterio y la capacidad demostrada para gobernar las diócesis que le confiaron y dirigir su clero con espíritu de caridad y de servicio, le habían ganado, desde muchos años antes de su muerte, una reputación aureolada de respeto y de afecto.

Nacido en La Guaira el 18 de febrero de 1906, despuntó en él desde su primera juventud la vocación sacerdotal. Alumno destacado del Seminario Interdiocesano de Caracas y de la Universidad Pontificia Gregoriana de Roma, pasó por el entrenamiento de la vida parroquial y, en cada una de las asignaciones que le correspondieron, supo vigorizar la fe y el culto y obtuvo la amistad y alta estima de sus feligreses. Muy joven, el 21 de junio de 1937 fue electo Obispo Auxiliar de Cumaná, y sus labores episcopales se iniciaron al lado de aquel excelso varón que se llamó Monseñor Sixto Sosa. Rápidamente fue trasladado a San

Cristóbal, a la Diócesis andina vacante por el fallecimiento del ilustre Obispo Tomás A. Sanmiguel. Desde el 10 de noviembre de 1939 ejerció Monseñor Arias el gobierno de la Diócesis sancristobalense, considerada por muchos motivos como una diócesis verdaderamente modelo. Le correspondió atravesar situaciones difíciles ocasionadas por las alteraciones en la realidad política del país, que tuvieron muchas repercusiones en aquella región. Monseñor Arias no perdió un solo instante el concepto pleno de su deber, la ponderación de su dignidad, la firmeza de sus actitudes. Vacante la sede de Barquisimeto por la renuncia de Monseñor Enrique María Dubuc el 17 de noviembre de 1974, fue designado también Administrador Apostólico de aquella Diócesis, hasta la elección del nuevo titular, Monseñor Crispulo Benítez Fontourvel, a fines de 1949. Siendo Obispo de San Cristóbal ejerció con indiscutible brillo el cargo de Asesor Nacional de la Acción Católica en Venezuela.

Encontré muchas veces al Obispo Arias en mis visitas al Estado Táchira durante los tiempos de su episcopado y tengo un recuerdo profundo de su maciza y trasparente personalidad. El supo asegurar el respeto y la adhesión de su clero, fortalecer la labor hecha por su predecesor Monseñor Sanmiguel y continuada después de Arias por el Obispo Alejandro Fernández Feo y gozó de indudable acatamiento por parte de todos los sectores de la región.

Avalado por esta trayectoria, en el año de 1952 fue nombrado Coadjutor del Arzobispo de Caracas, Monseñor Lucas Guillermo Castillo; a la muerte de Monseñor Castillo en 1955, asumió en pleno la responsabilidad de gobernar el Arzobispado de Caracas y hay abundante testimonio de su dedicación integral a atender y resolver los problemas de la Iglesia, a fortalecer la conciencia cristiana y a impulsar la catequesis, como propagandista incansable de las verdades fundamentales de la fe, hombre de visión certera, maestro de palabras claras, sacerdote de fervor apostólico y príncipe de recia e inquebrantable voluntad.

Pero fue la Pastoral del Día del Obrero de 1957 la que le dio a Monseñor Arias una posición determinante en los acontecimientos que se iban a realizar en nuestra patria. La Pastoral constituyó por su vigor, por su claridad y por su espíritu apostólico, una vibrante requisitoria y se la considera, con razón, como la clarinada que puso en marcha el movimiento nacional de liberación culminada el 23 de enero de 1958. Porque, como lo dijo el Arzobispo Arias Blanco en la referida carta pastoral: "La Iglesia no sólo tiene el derecho, sino que tiene la gravísima obligación de hacer oír su voz para que todos, patronos y obreros, gobierno y pueblo, sean orientados por los principios eternos del Evange-



lio en esta descomunal tarea de crear las condiciones necesarias de vida para que todos los ciudadanos puedan disfrutar del bienestar que la Divina Providencia está regalando a la nación venezolana”.

No había nada de inmiscuencia en la lucha política, no había la menor desviación del Pastor del cumplimiento de sus deberes esenciales, pero la dictadura intuyó que el Mensaje del Arzobispo Arias, comentado de boca en boca, transmitido de mano en mano y considerado al final como un documento subversivo, era un llamado a la conciencia nacional que tenía que producir en todos los sectores, civiles y militares, económicos y laborales, populares y culturales, un movimiento de conciencia y de voluntades que habría de resultar en el acto por el cual el pueblo venezolano, de manera integral, se dispusiera a reasumir a plenitud su soberanía.

“Nuestro país —decía el Arzobispo Arias— se va enriqueciendo con impresionante rapidez... Ahora bien, nadie osará afirmar que esa riqueza se distribuye de manera que llegue a todos los venezolanos, ya que una inmensa masa de nuestro pueblo está viviendo en condiciones que no se pueden calificar de humanas. El desempleo que hunde a muchísimos venezolanos en el desaliento y que a algunos empuja hasta la desesperación; los salarios bajísimos con que una gran parte de nuestros obreros tienen que conformarse, mientras que los capitales invertidos en la industria y el comercio que hacen fructificar esos trabajadores aumenta a veces de una manera inaudita; el déficit, no obstante el plausible esfuerzo que hasta ahora se ha realizado por el Estado y por la iniciativa privada, de escuelas, sobre todo profesionales, donde los hijos de los obreros pueden adquirir la cultura y formación a que tienen absoluto derecho, para llevar una vida más humana que la que han sufrido sus progenitores, la falta de prestaciones familiares con que la familia obrera pueda alcanzar un mayor bienestar; las inevitables deficiencias en el funcionamiento de institutos y organismos creados para el mejoramiento y seguridad del trabajador y su familia; la frecuencia con que son burlados la Ley del Trabajo y los instrumentos legales previstos para la defensa de la clase obrera; las injustas condiciones en que muchas veces se efectúa el trabajo femenino; son hechos lamentables que están impidiendo a una gran masa de venezolanos poder aprovechar, según el plan de Dios, la hora de riqueza que vive nuestra Patria”.

Después del 23 de enero, el Arzobispo Rafael Arias Blanco quedó convertido prácticamente en un héroe nacional. No había paso importante que tuviera que darse para el cual no se solicitara

el aval moral del Arzobispo. Cuando el Ministro de Agricultura del Gobierno Provisional, Héctor Hernández Carabaño, promovió la creación de una gran Comisión Nacional para estudiar y rápidamente preparar un proyecto de Ley de Reforma Agraria, nada pareció más natural y lógico que quien presidiera la dicha Comisión fuera Monseñor Arias Blanco. En ella estuvieron representados todos los sectores nacionales, desde los de naturaleza empresarial hasta los campesinos, pasando por los técnicos, englobando todas las corrientes políticas. La Comisión presidida por Monseñor Arias, que iba hasta el connotado apóstol del marxismo, Dr. Salvador de la Plaza, fue un espejo de la voluntad nacional de dar la prioridad indispensable y la atención requerida al problema fundamental de la tenencia, utilización y aprovechamiento de la tierra en Venezuela.

Por cuanto acabo de decir, se podrá entender el rudo golpe que para toda Venezuela constituyó la inesperada y prematura muerte del Arzobispo Arias. Tenía apenas cincuenta y tres años. Era mucho lo que se esperaba de él. Los designios de la Providencia son inescrutables, como lo asienta el libro sagrado. Pero su memoria ha quedado grabada en la historia de Venezuela, de sus instituciones civiles y eclesiásticas y de aquellos difíciles años en los cuales, después de infinitos tropiezos, nuestro país se dispuso a conquistar, definitivamente, un puesto entre los pueblos libres del mundo.

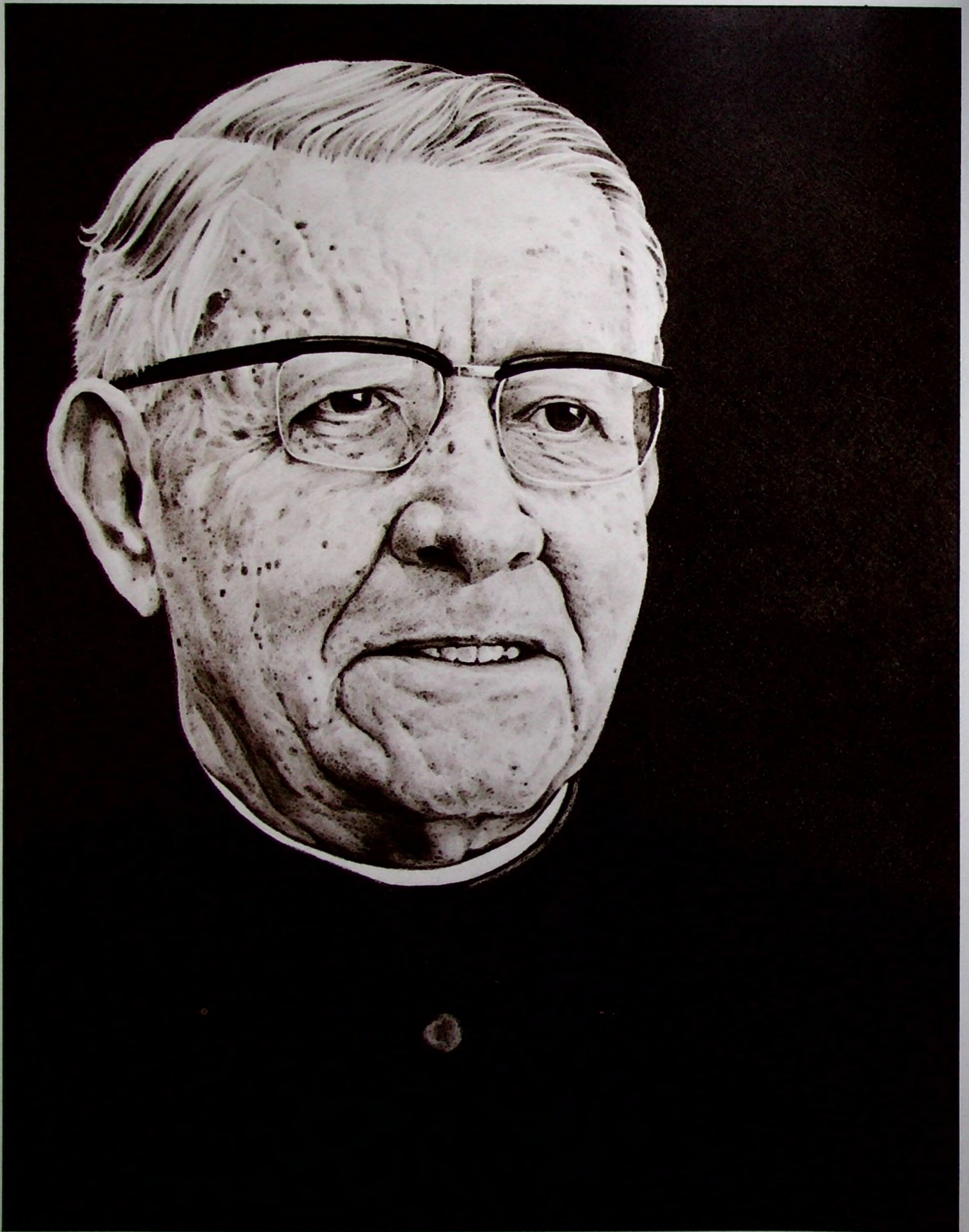
Un pequeño pero significativo hecho que demuestra la admiración y el cariño de que gozaba Monseñor Arias Blanco fue la graduación de un grupo de alumnas del Colegio N. S. de Guadalupe, dirigido por las Hermanas Franciscanas, el 31 de julio de 1957; es decir, a tres meses cortos de la famosa pastoral. Para aquella graduación me correspondió pronunciar el discurso de orden, en el cual hice referencia al papel de la mujer cristiana en una nueva sociedad y a la función admirable que las Hermanas Franciscanas cumplen en el Colegio Guadalupe. Considero para mí muy feliz el haber tenido la oportunidad de decir esas palabras en un acto que substancialmente quedó convertido en homenaje al insigne y respetado amigo que llevaba la mitra arzobispal. Por ello me atrevo a concluir estas palabras, que ahora toman significado preciso en esta nueva edición de *Moldes para la Fragua*, este párrafo que en aquellos momentos sonaba con connotaciones especiales y que tuve el honor de dedicarle: "¿Qué otro nombre mejor podrías haber escogido, cual distintivo para vuestro grupo? Honrar vuestro Arzobispo, cuyos sólidos antecedentes no se estancan en el camino de los méritos, antes intensamente crecen a la medida en que transcurre el tiempo y en que

su voz sin compromiso señala en el ámbito nacional el testimonio de las altas verdades, es para vosotros igualmente el mejor título de honra. Los fieles de esta Arquidiócesis, que compartimos vuestra admiración por él y la sentimos crecer en nuestro espíritu mientras se afianza la prestante actitud del Arzobispo cuando dicta el mensaje de Cristo; los que reconocemos en su palabra la palabra henchida de justicia y caridad de un genuino pastor de la Iglesia, sin invadir campos ajenos ni comprometerse con nadie —llámese como se llame [o llamémonos como nos llamemos]— tenemos que sumar con entusiasmo al excepcional homenaje que le hacéis, el respaldo irrestricto e inmaterial de nuestro aplauso”.



37

**MARCOS H. FERREIRA**



**U**n día cualquiera, hace ya varios años, el viejo templo de la Inmaculada Concepción de El Recreo se vino al suelo estrepitosamente. La Parroquia estaba para entonces recibiendo el impulso de un definitivo crecimiento. Dejaba de ser burgo apartado, aldea de temporadistas, y se iba convirtiendo apresuradamente en centro de una densa y laboriosa población. Su iglesia en el suelo era un golpe terrible para el culto. Parecía irremediable catástrofe.

Pero aquel contratiempo iba a servir de índice, ofrecido por la Divina Providencia, para apreciar en todo lo que vale, la madera de que está hecho nuestro párroco. ¡Pura madera de corazón!, señores. Abnegación, constancia, sencillez y generosidad, han ido desgranándose inagotablemente del pecho del padre Ferreira. Si tuvo que vivir en un rancho, en un rancho vivió durante largo tiempo, porque para él lo primero era llevar adelante la obra de la iglesia. Si hubo semanas en que las colectas no alcanzaban para los apuntes, él supo sacrificarlo todo, y dejar de comer, para que no se interrumpiera la obra comenzada. Supo cumplir con dignidad cristiana el duro deber de pedir, porque pedía para la Casa del Señor. Y su palabra siempre llana y sencilla recordaba a los fieles que no solicitaba una dádiva humillante ofreciendo por ella el Reino de los Cielos, sino la contribución de los fieles que ofrendaran a Dios mínima parte del fruto del trabajo (para algunos) o de las superfluidades (para otros) consumidas a veces entre la vagancia y el ocio.

En esta tierra de maledicencia, en esta tierra de injusticia para los ministros del santuario, en esta tierra dentro de la cual quienes miran con olímpico desprecio los mandamientos de la Ley de Dios se erigen en censores implacables de los sacerdotes para exigirles contextura sobrehumana y reclamarles como delitos trágicos lo que es muchas veces obra de perversa imaginación, nadie osó sin embargo rozar con el veneno de la calumnia al Pbro. Marcos H. Ferreira. ¡Estaba su vida tan a la vista de todos! ¡Era tan ostensible su pobreza, al lado de la magnitud de la obra que estaba realizando! Fueron muy diáfanas sus exposiciones y la constante relación hecha domingo tras domingo des-

*La humildad campesina de un sacerdote tachirenses produjo en el natural emprendedor y decidido de Marcos H. Ferreira a uno de los párrocos más connotados en la vida pastoral de Caracas y de los más señalados por su acción en la Iglesia de Sabana Grande, Parroquia de la Inmaculada Concepción de El Recreo. Nacido el 8 de agosto de 1893 y ordenado en 1923, sus Bodas de Plata fueron celebradas por sus feligreses, en Caracas, en 1948. El discurso pronunciado por el autor en el acto celebrado en aquella ocasión, en el Colegio Nuestra Señora de Guadalupe, consta en las páginas que siguen.*

de el púlpito, para que ninguno pudiera arrojar dudas sobre su limpia veste de ministro obrero.

Porque, a la vez ministro y obrero, el padre Ferreira fue creándose en la intrépida constancia constructiva. Se fueron levantando de nuevo los hermosos muros y techos del templo. Semana tras semana, los feligreses pudieron apreciar el ritmo incesante de la construcción. Y cuando ya muchos pensaron concluida la labor, la voz del párroco moderno, del párroco con sentido social, clamó para observar que no era sólo la iglesia un lugar de oración contemplativa, sino que exigía al mismo tiempo dependencias para obras sociales; para su escuela parroquial, mantenida entre las dificultades más grandes; para sus ramas de la Acción Católica, sostenidas y defendidas con amor; para sus dispensarios y servicios sociales, y para muchas iniciativas más que claman por un hogar propicio a fin de hacer fructificar, como han fructificado —pues son gratas a Dios— las otras empresas que ha acometido nuestro párroco.

No concibe el padre Ferreira la Casa Parroquial como una cómoda y egoísta residencia donde pueda refugiarse él con su familia. Le parece que para hacer compañía al Altísimo en la soledad de los altares, es indispensable la vecindad de alegres niños que tejan en la Casa del Cura su enjambre de alegrías, mientras reciben un poco de pan material y mucho de pan para el espíritu. El sabe que la mejor oración la obtiene la caridad cristiana cuando logra un suspiro de alivio por parte de los desvalidos. Y por eso, incansable, minado en su salud por la labor constante, lleva adelante con tesón la nueva obra, metiendo en los oídos de su gente (como se filtra por las rocas el agua limpia de sus páramos) la palabra de Dios, expresada con maravillosa claridad campesina.

Campesina, sí, se muestra todavía su palabra a pesar de los largos años al servicio de la fe en los grandes medios urbanos, a pesar de su sólida cultura, a pesar de sus viajes hasta el exterior superindustrializado. Porque hay en aquélla el matiz inconfundible de las almas puras que se forjan en estrecho contacto con la naturaleza, en esos riscos escarpados donde la tierra, el cielo y el trabajo del hombre constituyen cántico rudo y armonioso para la Providencia, himno de voluntad y de servicio para la humanidad.

Nació el padre Ferreira campesino y vive ufano de seguirlo siendo. En su obra sincera y maciza se siente el ritmo de las estrofas inmortales:



*Honrad el campo, honrad la simple vida  
del labrador, y su frugal llaneza.  
Así tendrán en vos perpetuamente  
la libertad morada,  
y freno la ambición, y la ley templo.*

Vio la primera luz entre los Andes, y aprendió el cultivo de la tierra al mismo tiempo que recibía las primeras nociones de las letras. Cincuenta y cinco años de constante esfuerzo, veinticinco de ellos invertidos en el ministerio eclesiástico, no han podido hacerle olvidar los primeros años aprendidos en la escuela insustituible del hogar y el campo. Si la enaltecedora pobreza y el medio rústico hicieron alejar los años de los primeros estudios, le dieron lo que no habrían podido darle los mejores maestros: ese conocimiento de la vida y del medio, esa interpretación de las almas sencillas de los hijos del pueblo, base de la comunicación entre el sacerdote y su grey, de esa comunión fácil y perdurable que a los seres humildes les hace sentir la presencia del párroco como la de un padre que no puede decir otra cosa sino la voluntad de Dios.

De los campos andinos tomó el padre Ferreira esa recia constancia que ha bendecido sus empresas. Para ir a la escuela tenía que caminar (casi podría decir, tenía que trepar) una legua completa. Para ir y venir había de pasar, a veces a salto de garrocha, las quebradas que daban duro lecho a las corrientes tormentosas bajadas de los cerros, arrastrando hacia el fondo de los llanos las tierras mejores de capa vegetal, arrancadas por el demonio de la erosión. ¡Cinco kilómetros para ir a la escuela! ¡Qué bello ejemplo del deseo de aprender! ¡Qué hermosa práctica para templar la voluntad y adiestrarla a obtener entre dificultades los mejores objetivos de la vida! ¡Qué diferencia con la holgazana vida urbana, en que las facilidades de los raudos vehículos no alcanzan muchas veces a salvar la instintiva pereza de muchos para la obligación escolar!

Diecinueve años de constante esfuerzo sobre los rudos páramos, son forja sobrancera para la robustez del cuerpo y del espíritu. ¡Cuántas angustiosas sequías, cuántas pavorosas inundaciones, cuántas cosechas perdidas, cuántas reclutas inmisericordes, cuántas hogueras encendidas por las guerras civiles, irían pasando de 1893 a 1912 por las pupilas intensamente receptivas del futuro padre Ferreira! Dificultades mil, y siempre imponiéndose la voluntad del montañés —el papá, el amigo, el vecino— reaccionando frente a la adversidad con el renovado propósito de sembrar, de trabajar, de cultivar. Ningún seminario mejor para un apóstol

de la fe divina. Es que cuando se aprende en esa cátedra, la construcción de templos y casas parroquiales parece que fluye suavemente, porque se acumulan unas acciones sobre otras, como se acumulan unas piedras sobre otras para hacer los cercados en las regiones de la Cordillera.

A los diecinueve años estaba en el Colegio Federal de San Cristóbal. Una voluntad floja los habría considerado mucha edad para abrirse campo en la instrucción. No era ese el caso del futuro párroco de Sabana Grande. Rindió su primera jornada colegial con medalla de aprovechamiento y de buena conducta, obtenida día a día con ejemplar actividad. Era un galardón tan justiciero, era tanta la modestia con que lo obtenía, que ni sus propios compañeros pudieron mostrar rivalidad por el otorgamiento del premio. El joven Ferreira estaba dispuesto a recuperar con devoción el tiempo aparentemente perdido, aunque ganado en el insuperable aprendizaje rural de su montaña. Su comportamiento era intachable. Parecía dispuesto para las causas nobles. Si el doctor Francisco Antonio Delgado, director del Colegio a quien recuerda con afecto y cuyos hijos son hoy sus feligreses, le ofreció la oportunidad de trabajar para costearse sus estudios, él la aprovechó con ansiedad. Y si el entonces cura de la Parroquia San Sebastián de San Cristóbal, después arzobispo monseñor Rincón González, se fijó en él para abrirle la Casa del Señor, el padre Ferreira se vino ganoso, a los veintitrés años, sin temor de empezar en el Seminario la carrera eclesiástica, bajo la dirección del padre Ipiñázar, a la edad en que algunos estaban coronando sus estudios.

Su clara inteligencia, su firme voluntad, le hicieron fácil la carrera. ¡Si ese paréntesis estudiantil, desde que salió a San Cristóbal hasta que allá volvió ordenado, le parecía casi como un paréntesis de vacación entre el trabajo diario de su campo nativo y el trabajo constante que habría de emprender metido en la viña del Señor!

Veinticinco años de fecundo sacerdocio puede mostrar el presbítero Marcos H. Ferreira como su hoja de servicios, hoy cuando lo agasaja con sincera amistad y cariño la feligresía de El Recreo. Han sido veinticinco años de infatigable acción y sacrificio. Poco tiempo se mantuvo en el Táchira, al lado del padre Galavís, que preparaba el campo a la llegada del gran obispo Sanmiguel. Pasó después a parroquias rurales que venían a refrescarle el panorama de su infancia y de su adolescencia. En El Hatillo, en Cúa, de nuevo en El Hatillo, fue un sembrador: sembrador de verdad, ejemplo de rectitud, constante constructor. No le amilanaron las enfermedades, ganadas en el servicio de Cristo, su Jefe; no hubo

para él dificultad invencible, ni pudo resignarse a la tranquilidad de un modesto pasar. Dondequiera que iba veía las deficiencias materiales del templo, sacristía o casa parroquial y, visto y hecho, comenzaba de inmediato a meter por su mano la conquistada mano de la feligresía. Pero no era sólo por sus obras materiales por lo que aquel sacerdote, sin sermones pomposos e incomprensibles, pero con una palabra sencilla y maciza y con el respaldo de una santa conducta, iba ganándose el respeto y la fervorosa adhesión de sus fieles. Bajo la protección de Santa Zita funda en La Victoria una escuela destinada al servicio doméstico. Establece escuelas para obreros, incrementa la escuela parroquial y, consciente de lo que es el principio de toda obra humana, pone empeño tenaz en la enseñanza del catecismo.

Lo mismo pasa en El Recreo, donde lleva ya doce años \*. Es el párroco de las clases humildes. Su casa está abierta para todos. Recibe las dádivas de los poderosos con una incomparable mezcla de humilde sencillez y de insobornable dignidad, y todo lo que llega a sus manos, de manos de ricos o de pobres, va pasando a la pantalla del examen público y se va cristalizando en obras tangibles, que eran urgente necesidad de la Parroquia y serán monumento de su nombre.

En este ambiente nuestro tan lleno de suspicacias y tan ayuno de caridad, especialmente cuando se trata de juzgar a los profesionales del santuario, he de decir con satisfacción que jamás he oído ningún labio mancharse con una afirmación inconveniente en relación al padre Ferreira. El párroco que no adula a nadie, el cura que vierte sin rodeos en su palabra su conciencia, el apóstol de la verdad de Cristo, el enamorado de la caridad, ha ido imponiendo sin precipitaciones su figura, su autoridad y su prestancia, en todos los rincones de El Recreo. Nunca ha flaqueado una de sus virtudes más ostensibles, que es la perseverancia.

Mantiene sin desmayo sus conferencias de acción católica, su escuela parroquial, sus obras sociales, sus fábricas, sus iniciativas de apostolado en los barrios. Tiene siempre ante sí una nueva empresa. Está dispuesto a vivir construyendo. Y ante el justo reclamo que hace para que se colabore en sus obras, que son las obras de la Iglesia, nadie reacciona airado sino bajando la cabeza y hallando en el fondo de su pensamiento la verdad de que el padre Ferreira tiene razón cuando pide a todos mayor desinterés para las atenciones y beneficios colectivos.

No me he sorprendido, pues, cuando he sabido que su parroquia se aprestaba a conmemorar dignamente las bodas de plata de su ordenación sacerdotal. No hacerlo, habría significado dar un

\* En 1961 se celebraron en El Recreo sus bodas de plata como párroco.

triste ejemplo de injusticia. Ni es sólo la voluntad de un grupo de sus feligreses —a quienes hay que felicitar por haber iniciado la idea y trabajado para llevarla a cabo con tanto lucimiento—, la que hoy se apresta a congratularse con el padre Ferreira por esta fecha significativa. Es el tributo unánime, el unánime reconocimiento, lo que hoy recibe él de parte de quienes en esta Parroquia de la Inmaculada Concepción de El Recreo hemos aprendido a conocerlo y quererlo, a través de una actuación límpida, de un sacerdocio intachable, de una recia contextura humana y de un hondo sentido social.

Reciba usted, padre Ferreira, este justiciero homenaje y todo el raudal de sentimientos que él entraña. Si los promotores de este acto han querido honrarme al solicitar que mi palabra les sirviera de vocero, les debo aquí manifestar mi gratitud. Me han dado la oportunidad invaluable de asociarme a la celebración de los festejos hechos a un hombre lleno de santidad y de justicia.

En esta época dentro de la cual son fuerzas agresivas las que se empeñan en difamar de la Iglesia Católica y de sus sacerdotes, crea usted, padre Ferreira, que hablar de usted es algo que reconforta el corazón. En usted podemos presentar un ejemplo, como los ha ofrecido y ofrece nuestra Patria, de lo que representa un apóstol de Cristo. Usted es una prueba de lo que pueden hacer y hacen la fe cristiana y el ejemplo del Maestro a través de las enseñanzas de su invencible Iglesia. Usted es un ejemplar magnífico del cristianismo eterno, idéntico después de veinte siglos, en reciedumbre, abnegación y bondad, al de los primeros cristianos. No necesito pedirle en nombre de sus feligreses, que siga usted ese hermoso camino. Pura madera de corazón es su estructura, y esa madera ni se quiebra ni se pudre. Crea usted que aquí no he venido sólo a traerle la felicitación emocionada de sus fieles, que no se sienten engañados sino llamados por su nombre cuando les dice usted hermanos en N. S. Jesucristo, sino también su gratitud, porque con la acción y el ejemplo está librando usted las más bellas campañas por la imperecedera doctrina del Maestro.

38

**LA MADRE FEBRONIA**



---

## PARA DESCANSAR SOBRA TIEMPO DONDE EL TIEMPO NO RIGE

---

**E**se agente prodigioso de civilización que es el cinematógrafo —apto, cual todas las grandes obras del ingenio humano, para transmitir las más hondas bellezas o las más repugnantes fealdades, instrumento de mal o de bien, apóstol de moralidad o de vicio, foco de perversión o de cultura— realizó hace no mucho tiempo un profundo y delicado romance que hoy viene inevitablemente a mi memoria. Vertió en hermoso poema de gelatina un bello libro que hace amar a un maestro: ¡y es necesario comprender la inmensa proyección que tiene el amor al maestro!

Enseñar siempre como profesión única; dedicar todo el tiempo a luchar con el fondo oscuro de nuestras almas donde el pecado original revuelve la ingratitud de la ignorancia, es tarea ardua y duro sacrificio; y pesada función social es la enseñanza, pues aunque pocas le igualan de fructífera, su resultado se vuelca íntegro sobre la colectividad, produciendo muy pequeña y escasa recompensa para quien le ha sacrificado todo.

Por eso, la película a que me he referido es un bello argumento cuyo recuerdo llevo impreso y en mí revive ante ocasión como ésta.

Es en el centro rígidamente tradicionalista de uno de los colegios cuyo conjunto ha dado lustre insuperable a la pedagogía inglesa, donde el protagonista de la historia desarrolla su vida. Y es para mí uno de sus más emocionados momentos aquel, cercana la hora de la muerte, cuando alguien va entre silencio y reverencia musitando sus méritos; y, al dolerse de que no hubiera tenido descendencia, el moribundo anciano que le escucha se incorpora en su lecho, y refiriéndose a la expresión del otro, afirma, con frase que resume un hondo y trascendente sentido de su misterio: —“¿Que no he tenido hijos?... Pues, sí los he tenido... He tenido millares de ellos...”.

Hoy, cambiando todo el ambiente circunstancial que la rodeaba, estamos viviendo la misma afirmación. El fondo sustantivo de aquella misma escena. Sana y robusta la heroína, promete muchas jornadas más por el bien de la ciencia verdadera; no hay dolor, sino júbilo, en este instante aniversario de una larga labor en Venezuela; no la alcoba solitaria, sino el tumultuoso afán de corazones para los cuales la gratitud no es mito: pero se repite

*La Reverenda Madre Febronia de San José de Tarbes vino a Venezuela en 1890, con otras hermanas de la misma congregación, a la cual ingresó en 1887. Nacida Marie Moreau, en Barcelonne, Departamento de Gers, Francia, hacia 1870, fue una mujer de temple singular, reconocida por su avasallante personalidad, en todos los sectores sociales. Fue Directora de diversos colegios y Superiora de la Congregación en Venezuela, donde ha realizado una gran labor en la educación y en la actividad hospitalaria, a partir de su venida, propiciada por el gobierno del Presidente Rojas Paúl. La Madre Febronia murió casi súbitamente, el 13 de junio de 1952. Las palabras que aquí se recogen fueron pronunciadas en el Externado de San José de Tarbes el 18 de diciembre de 1941, con motivo del cincuentenario de su llegada a Venezuela.*

el mismo dramatismo, cuando sus discípulas, a través de las aquí presentes, van afirmando con énfasis sonoro por todo el ámbito de nuestra patria la pródiga maternidad espiritual de esta célibe madre que cuenta sus hijas por millares.

Madre sois, Reverenda Hermana Febronia, en la amplia acepción del vocablo; madre de numerosas venezolanas cuyos hogares son otras tantas células de la gran familia nacional; y es de regocijo para Venezuela este día en el cual, robusta e infatigable trabajadora, marcáis el quincuagésimo jalón de una jornada de abnegación y de trabajo.

Millares de mujeres, a las cuales con afectuosa severidad se ha inculcado la fe en Dios y el respeto por los fueros del espíritu, ha ido formando la Madre Febronia en estos cincuenta años —¡cincuenta años!, sólo decirlo constituye un elogio— pasados en diversos institutos a través del territorio nacional y finalmente en este externado, que fue el primero en aprovechar sus dotes directivas; y muchas de sus discípulas son esposas y madres de hogares honorables que influyen en la dirección de los destinos patrios.

Gran parte de las hijas de la Madre Febronia, aunque pequeña si se compara con el inmenso número que representan, se reúnen aquí con tan fausta ocasión. El Externado de San José de Tarbes, campo predilecto de acción de su dinámica figura, ha escogido le fecha para inaugurar su Salón de Actos; y parece que de estas aulas se desprendiera una sonrisa de inteligencia para con esta gran realizadora, cuyo celebrado continente de austera rigidez es fama que encubre un natural bondadoso y ecuánime, recto con la rectitud del acero en la defensa de una causa, pero blando en la misericordia afectuosa con sus subordinadas, pese a la apariencia tan severa que conserva para mantener la disciplina.

Mas es lo cierto, y lo saben quienes aquí me oyen, que la figura de la Madre Febronia ha dejado de ser local, y bien se la conoce fuera de los Colegios de la Congregación de San José de Tarbes. Es proverbial su austeridad. Muchas veces, más allá de estos claustros, hacen fama de su obra de bien. Yo mismo, en mi corto ejercicio de abogado, he tenido ocasión de aquilatar la tajante sinceridad de su honradez.

Es justo, pues, que al regocijo de sus hermanas de Congregación y de las hijas de su dirección y enseñanza se una el de todos los que deseamos para Venezuela una superación constante. Es necesario que todos los que aspiramos a la regeneración católica de nuestra patria nos reunamos junto a aquellos que son pioneros de la excelsa labor. La lucha por el Nazareno, más viva en los



momentos más difíciles, ha contribuido preciosamente a ir eliminando minúsculos resquemores entre obreros de una misma causa, educadores de una misma fe, servidores de un mismo y único Jefe: Cristo. Pero es menester aprovechar oportunidades como ésta para reiterar la necesidad de consolidar aquella alianza, de afirmar los vínculos entre los cristianos de todas las pedagogías y de todos los sitios, porque todos ellos no persiguen sino una sola mira: la de cristianizar a Venezuela.

Recibid, señora, por mi modesto órgano, el testimonio de la gratitud nacional, que no es solamente la de vuestras discípulas: la flor de gratitud, símbolo apenas, pero valor de espíritu, con que os quiere regalar esta tierra fecunda, en el quincuagésimo aniversario del día en que hundisteis en ella vuestro arado para no cesar nunca de regar con el sudor de buen trabajo la semilla de la fe católica.

Y creedme, señora, que da santa envidia veros hoy, después de tantos años de incansable labor, firme y recia en la brega. Bien ganado tenéis el retiro, pero sé que os daría pena recibirlo, segura de que para descanso sobra el tiempo donde el tiempo no rige. Como vuestro compatriota el teniente Perrot, a quien atacado de fiebre y conminado al descanso se le decía que ya había cumplido del todo su deber, vos, Madre, con un haber del cual podrían envanecerse muchos héroes, estáis erguida ante el campo de labranza, repitiendo con vuestros hechos aquella heroica frase: "¡Nunca acaba uno de cumplir su deber!". Sería blasfemia decirnos: ¡adelante! Bien sabemos quienes hemos venido a traer felicitación y gratitud, que vos estaréis como el primer soldado y como el primer día, mientras alienten esas fuerzas que os han dado mérito para tantas hazañas. En vez de otras frases de estímulo, o de halago vano, permitidme que yo, haciéndome eco del sentimiento unánime de los grupos y sectores representados en este hermoso acto, sencilla y llanamente os diga lo que más grato puede ser a vuestro espíritu: ¡Dios os pague!



39

**LA HERMANA SAN AGUSTIN**



**B**aja a la tumba la Hermana San Agustín como su modestia ejemplar lo ambicionaba. Turbada la patria por un nuevo brote de violencia, sólo algunos entre sus más íntimos, con sus hermanas de religión, sus hijas espirituales, tenemos el privilegio de acompañarla hasta el sepulcro.

Pero el corazón se rebela ante la idea de dejarla ir en silencio. El último adiós ha de salir para ella, de nuestra alma turbada hondamente por la pena, a dejar testimonio de veneración por su figura y de afecto entrañable.

En la clase de vida a que la Providencia me ha llamado, he conocido mucha gente. He tenido oportunidad de acercarme a relevantes personalidades y en todos los campos de la actividad humana he logrado la posibilidad de recoger palabra y ejemplo de quienes han marcado en su existencia hitos de luz. Ello me permitió calibrar mejor los extraordinarios quilates de esta monja de tan exquisita sensibilidad humana, de fibra tan heroica, de tan extraordinaria energía.

Fue la educación el campo principal de sus ejecutorias. En sus alumnas se preocupaba por forjar el carácter, por sembrar nobles preocupaciones, por hacer a cada una descubrir el tesoro invaluable de su conciencia. Odiaba la gazmoñería. Iba valientemente al encuentro de los problemas y estimulaba a cada una a encarar con decisión sus propias responsabilidades. Con el magnetismo personal de los grandes educadores, cautivaba sin halagos, inspiraba confianza, señalaba caminos. Creaba, en torno de ella, una sensación de seguridad que hacía que las tormentas —colectivas o individuales, las grandes tempestades que a las sociedades conmueven y las tremendas sacudidas que a las almas agitan, especialmente en los días turbulentos de la adolescencia— se redujeran como aquella del Tiberíades ante la suave admonición del Maestro.

De actividad infatigable, derrochaba una maravillosa energía. El Colegio Nuestra Señora de Guadalupe recibió de sus manos un impulso increíble. Fue, en el ambiente de los colegios de religiosas, una renovadora audaz. Incorporó nuevos sistemas, abrió

*El 7 de setiembre de 1958, horas después de estallar una sublevación contra el sistema democrático felizmente dominada y a escasos metros del lugar donde todavía los disparos segaban el aire, murió la Hermana San Agustín de San Francisco de Asís, después de larga enfermedad. En el cementerio, el autor pronunció breve improvisación. Al querer reconstruirla para que la figura de la Hermana San Agustín quedara entre los moldes que ofrecemos para la fragua de nuevas generaciones, salieron estos párrafos, distintos de los pronunciados en la dolorida emoción de aquel momento, pero que pretenden recoger los principales rasgos de su personalidad. La Hermana San Agustín nació, con el nombre de Carmen Peña Misle, en Caracas, en 1903. Ingresó a la Congregación Franciscana en 1934. Fue durante muchos años Directora del Colegio Nuestra Señora de Guadalupe. El Colegio es el mejor monumento a su memoria.*

sus puertas con amplitud, puso sin cesar una piedra sobre otra y logró, con la colaboración eficiente de las demás hermanas, la confianza inagotable de sus superiores y la cooperación que no podían negarle padres y profesores, hacer de aquella gran obra franciscana uno de los primeros institutos docentes de la República. La Medalla de Honor de la Instrucción Pública, que le fue otorgada, constituyó el reconocimiento del Estado a la ímproba labor cumplida.

Pero, además, en lo ejemplar de su figura hay un rasgo quizás dominante: el de su sensibilidad. En la crisis moral de nuestro tiempo el más preterido mandamiento es el cristiano mandato del amor. Para la Hermana San Agustín, tal vez no hubo otra fuente mayor de pesar —ni los sufrimientos físicos, que la sometieron a terribles pruebas— que la constatación de ese hecho. Era una verdadera cruzada de la caridad. Santa indignación la conmovía cuando tropezaba con la insensibilidad ante el dolor humano. No había necesidad o angustia que llegara hasta ella sin que la hiciera suya. Profundamente cristiana, manifestaba que sentiría vergüenza de llamarse tal si no estaba dispuesta a sufrir y a sacrificarse por el prójimo. El silencio de las confidencias de su vida guarda un riquísimo tesoro oculto de servicio para la humanidad. Alguna me tocó conocer. Sin hipocresía, buscaba la manera de que se silenciaban sus acciones.

Entendía la caridad como el esfuerzo de imitar el amor de Cristo por los hombres. La limosna, que pasaba silenciosa por sus manos, no fue nunca para ella la dádiva humillante o fría. Ejercía la caridad con la sonrisa, con la comprensión, al par que con la generosidad; la defensa del honor de otro le hizo adoptar actitudes de extremado coraje, y supo comprender y enseñar que el consejo, la reprensión, lo mismo que el aliento o la compasión oportuna son un deber del alma superior como la suya. Consciente de esa superioridad, que su humildad no alcanzó a ocultar, la entendía como la fuente de mayores deberes y jamás de mayores derechos.

Todo ese prodigio de su fecunda vida tuvo su fuente en el temple franciscano de su espíritu. Parecía una oración constante. Su propia vida fue, una y otra vez, repetir en los hechos los versículos de la plegaria del Poverello. Lo mismo cuando levantaba columnas, construía aulas o dirigía sus batallones de muchachas en la evacuación de los autobuses del Colegio, como cuando luchaba con las dificultades en la construcción del Noviciado, como cuando manejaba sus baterías de lavanderas en el asilo de Valencia, toda su actividad era un himno al Creador, un himno lleno de sol y de alegría, de tesón y de fe.

Llega a esta tumba, abierta como un surco, la fecunda semilla de su ejemplo, en esta tarde gris, a recibir el riego de las lágrimas que a raudales mueve el sentimiento. El último ejemplo que nos dio fue la paciencia y entereza con que soportó su enfermedad, sin apartar un momento su atención de los problemas grandes y pequeños que la circundaban. Al duelo de la ínclita Congregación de San Francisco de Asís, fundada por la Sierva de Dios Madre Isabel, y hoy dirigida por su amada e insigne Madre Benigna María, se suma el de la legión de las alumnas, padres y maestros que tuvimos el honor inmenso de participar de su amistad, de su consuelo y de su afecto.

Su tumba es la tumba de una gran venezolana. El curso de su vida ejerció una influencia cuyos alcances es difícil medir, sobre una dilatada generación de madres, de profesionales y de ciudadanas de Venezuela.

